

JESÚS

APROXIMACIÓN HISTÓRICA



JOSÉ ANTONIO PAGOLA



Título original: "Jesús - Aproximación histórica"

© José Antonio Pagola

© 2013, PPC Editorial y Distribuidora S.A.

Impresores, 2 - 28660 Boadilla del Monte (Madrid, España)

Reservados todos los derechos

Diseño de interiores: Amparo Hernández Pereda-Velasco - Estudio SM

Diseño de cubierta: José Ignacio Molano - Estudio SM

Título: Jesús - Aproximación histórica

Autor: José Antonio Pagola

ISBN: 978-987-1931-32-3

© 2015, José Antonio Pagola

© 2015, PPC Argentina S.A.

Primera edición en PPC Cono Sur: Buenos Aires, octubre de 2013

Primera reimpresión, mayo de 2015

PPC Cono Sur

Av. Callao 410, 2° piso

C1022AAR | Ciudad Autónoma de Buenos Aires | República Argentina

T: +54 11 4000.0400 / F: +54 11 4000.0429

www.ppc-editorial.com.ar

e-mail de contacto: ventas@ppc-editorial.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723.

Esta tirada de 5000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2015 en

Printerra, Santa Elena 938, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Libro de edición argentina / *Made in Argentina*

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

EMPRESA ASOCIADA A LA CÁMARA ARGENTINA DEL LIBRO

PRESENTACIÓN

¿Quién fue Jesús? ¿Qué secreto se encierra en este galileo fascinante, nacido hace dos mil años en una aldea insignificante del Imperio romano y ejecutado como un malhechor cerca de una vieja cantera, en las afueras de Jerusalén, cuando rondaba los treinta años? ¿Quién fue este hombre que ha marcado decisivamente la religión, la cultura y el arte de Occidente hasta imponer incluso su calendario? Probablemente nadie ha tenido un poder tan grande sobre los corazones; nadie ha expresado como él las inquietudes e interrogantes del ser humano; nadie ha despertado tantas esperanzas. ¿Por qué su nombre no ha caído en el olvido? ¿Por qué todavía hoy, cuando las ideologías y religiones experimentan una crisis profunda, su persona y su mensaje siguen alimentando la fe de tantos millones de hombres y mujeres?

¿Por qué he escrito este libro?

No es una idea nueva en mí¹. Siempre he sentido la necesidad de dar a conocer su persona y su mensaje. Estoy convencido de que Jesús es lo mejor que tenemos en la Iglesia y lo mejor que podemos ofrecer hoy a la sociedad moderna. Más aún. Creo, con otros muchos pensadores, que Jesús es lo mejor que ha dado la humanidad. El potencial más admirable de luz y de esperanza con el que podemos contar los seres humanos. El horizonte de la historia se empobrecería si Jesús cayera en el olvido.

Por eso me hace daño oír hablar de él de manera vaga o diciendo toda clase de tópicos que no resistirían el mínimo contraste con las fuentes que poseemos de él. Jesús se va apagando lentamente en los corazones mientras circulan entre nosotros ciertos «clichés» que empobrecen y desfiguran su persona: ese Jesús no puede atraer, seducir ni enamorar. Me hace

¹ En 1981 publiqué *Jesús de Nazaret. El hombre y su mensaje*. San Sebastián, Idatz.

sufrir también escuchar un lenguaje rutinario, gastado hace mucho tiempo: no enciende los corazones ni pone en el mundo su fuego; no desencadena conversión.

Me apena asimismo ver cómo se puede desenfocar inconscientemente el anuncio del verdadero proyecto de Jesús, y con qué facilidad se recorta su mensaje mutilando su buena noticia: por ejemplo, ¿cómo se puede hablar y escribir tanto de Jesús olvidando su anuncio del reino de Dios? Mucho más lamentable resulta asomarse a tantas obras de «ciencia ficción», escritas con delirante fantasía, que prometen revelarnos por fin al Jesús real y sus «enseñanzas secretas», y no son sino un fraude de impostores que solo buscan asegurarse sustanciosos negocios.

Mi propósito fundamental ha sido «aproximarme» a Jesús con rigor histórico y con lenguaje sencillo, para acercar su persona y su mensaje al hombre y la mujer de hoy. He querido poner en sus manos un libro que los oriente para no adentrarse por los caminos atractivos pero falsos de tanta novela-ficción, escrita al margen y en contra de la investigación moderna. Pero he buscado mucho más. Quiero despertar en la sociedad moderna el «deseo de Jesús», y sugerir un camino por el que se puedan dar los «primeros pasos» hacia su misterio.

Desde su primera edición, mi libro sobre Jesús ha tenido una acogida mucho más amplia y positiva de lo que yo podía esperar. Desde ambientes cristianos y desde sectores alejados de la fe he recibido el testimonio de cientos de personas manifestándome su gratitud por lo que ha significado su lectura en estos momentos de su vida. Pero mi obra ha recibido también críticas negativas y ha despertado cuestiones y recelos que pueden crear malentendidos. Todo ello me ha llevado a preparar una nueva edición revisando el texto y, sobre todo, ofreciendo una presentación más detallada de mi estudio y una notable ampliación del capítulo conclusivo. Lo hago con el único objetivo de que Jesús siga haciendo el bien a quienes se acerquen a él a través de estas páginas.

¿Qué ofrezco en este libro?

Soy cristiano y me esfuerzo por seguir a Jesús, no siempre con la fidelidad que yo quisiera, en el seno de la Iglesia católica. En ella alimento y celebro mi fe en Jesucristo, y desde ella trato de vivir al servicio del reino

de Dios inaugurado por él. Sin embargo, no he escrito este libro para estudiar y exponer el contenido de mi fe en Jesucristo, Hijo de Dios encarnado por nuestra salvación.

Tal como dice el subtítulo, es una «aproximación histórica» a la figura de Jesús, utilizando la metodología y los medios que se emplean en la moderna investigación. Los lectores encontrarán en estas páginas un estudio histórico sobre Jesús que trata de responder a preguntas como estas: ¿cómo era?, ¿cómo entendió su vida?, ¿cuáles fueron los rasgos básicos de su actuación y las líneas de fuerza o contenido esencial de su mensaje?, ¿por qué lo mataron?, ¿en qué terminó la aventura de su vida?

Desde hace algunos años, los expertos hablan del «Jesús histórico» y del «Cristo de la fe» como dos formas o caminos diferentes de acceder a Jesús. Cuando decimos «Jesús histórico», estamos hablando del conocimiento de Jesús que los historiadores pueden obtener utilizando los medios científicos de la moderna investigación histórica. Cuando, por el contrario, decimos «Cristo de la fe», estamos hablando del conocimiento al que llega la Iglesia respondiendo con fe a la acción reveladora de Dios encarnado en Jesús. No hay que confundir mi investigación sobre «Jesús histórico» con un estudio sobre el «Cristo de la fe» en el que creemos los cristianos.

Pero ¿qué necesidad tenemos los creyentes de acudir a la investigación histórica si, por la fe, conocemos el misterio que se encierra en Jesús? ¿Es legítima esta investigación? ¿Es necesaria? Pues bien, no solo es legítima, sino que es un trabajo al que la Iglesia no puede renunciar. La razón es sencilla. Si en Jesús confesamos al Hijo de Dios encarnado en nuestra propia historia, ¿cómo no vamos a utilizar todos los medios que estén a nuestro alcance para conocer mejor su dimensión histórica y su vida humana concreta? Nuestra misma fe lo está exigiendo².

Sin embargo hemos de ser modestos y realistas en este acercamiento a Jesús. Mediante la investigación histórica no es posible acceder a la «realidad total de Jesús»; solo podemos ir recuperando un retrato incompleto y siempre mejorable de su actuación en la Galilea de los años treinta del

² En su reciente libro *Jesús de Nazaret*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, el papa reafirma la legitimidad y necesidad de esta investigación histórica en términos claros y precisos: «El método histórico... es y sigue siendo una dimensión del trabajo exegético a la que no se puede renunciar» (p. 11). «Si la historia, lo fáctico, forma parte esencial de la fe cristiana, esta debe afrontar el método histórico. La fe misma lo exige» (*ibid.*).

siglo I. Por eso es claro que la investigación histórica de la vida de Jesús no puede, por sí misma, despertar la fe en Jesucristo, Hijo de Dios encarnado por nuestra salvación. La fe de la Iglesia en Jesucristo no depende de los avances de los investigadores. Si los cristianos creemos en Jesucristo, no es por los estudios que van publicando J. P. Meier, J. Gnilka, R. E. Brown, J. Schlosser y otros³.

Pero, dicho esto, hemos de afirmar que la investigación histórica, llevada a cabo con rigor, puede despertar la atracción, el interés y la admiración de no pocos por Jesús. Conocerlo de manera más viva y concreta puede ser para muchos hombres y mujeres de hoy, sumidos en la crisis y el desconcierto religioso, el primer paso para iniciar una relación más viva, real y profunda con él. A los creyentes les puede ayudar a reavivar su fe en Jesucristo. A los menos creyentes o a los poco o nada creyentes les puede invitar a buscarlo de manera más sincera.

¿Por qué tiene la figura histórica de Jesús tanto poder de atracción? Sencillamente porque nos acerca a un Jesús «de carne y hueso», dando concreción y vida a su humanidad. Los cristianos confesamos que Jesús es «verdadero Dios y verdadero hombre». Las dos cosas. Sin embargo, con frecuencia sucede que subrayamos con mucha fuerza que es Dios. Y hemos de hacerlo así, pues de lo contrario quedaría destruida nuestra fe. Pero, si por acentuar su condición divina olvidamos que Jesús es hombre e ignoramos su vida humana concreta, disolvemos igualmente nuestra fe⁴. Es significativo que el papa haya expresado su «agradecimiento sumo» a la exégesis moderna «por lo mucho que nos ha aportado y nos aporta». En concreto, J. Ratzinger agradece que «nos ha proporcionado una gran cantidad de material y de conocimientos a través de los cuales la figura de Jesús se nos puede hacer presente con una vivacidad y profundidad que hace unas décadas no podíamos ni siquiera imaginar»⁵.

³ Por otra parte, tampoco los estudios y análisis de los cristólogos pueden generar por sí solos la fe en Jesucristo. Esta fe es fruto de la acción de Dios en nosotros y de nuestra respuesta fiel por caminos diferentes y complementarios de búsqueda personal, escucha de la Palabra de Dios, inserción en la comunidad cristiana, seguimiento fiel a Jesús, escucha de su Evangelio en el seno de la Iglesia...

⁴ Para ser fieles al corazón mismo del dogma cristiano (Concilio de Calcedonia), hemos de defender con la misma firmeza tanto la condición divina de Jesús como su condición humana.

⁵ *O. c.*, pp. 19-20.

¿Cómo he trabajado el acercamiento a la historia de Jesús?

Dicho en pocas palabras, mi libro es un estudio de investigación histórica sobre Jesús, escrito por un creyente que no busca solo reconstruir científicamente la historia de Jesús en la Galilea de los años treinta, sino que lo hace con la voluntad de acercar su persona a los hombres y mujeres de hoy, convencido de que en él se encierra la «mejor noticia» que pueden escuchar en estos tiempos. ¿Es una pretensión excesiva? ¿Es posible abrir este camino? Voy a explicar lo que he intentado y cómo lo he hecho.

- Para hacer mi trabajo de investigación sobre Jesús he seguido los métodos con que opera la ciencia histórico-crítica. La historia, como las demás ciencias, tiene su propia autonomía y sus propias leyes. El hecho de ser creyente no me proporciona un instrumento privilegiado añadido para llevar a cabo el trabajo de investigador. «La exégesis católica no tiene un método de interpretación propio y exclusivo, sino que, partiendo de la base histórico-crítica, sin presupuestos filosóficos u otros contrarios a la verdad de nuestra fe, aprovecha todos los métodos actuales, buscando en cada uno de ellos la semilla del Verbo»⁶. Siguiendo este principio básico, me he esforzado en cada uno de los pasos por operar con la ayuda de los criterios científicos aceptados hoy por la inmensa mayoría de los que investigan sobre Jesús, y he tratado de hacerlo con la mayor objetividad posible⁷. Como diré enseguida, mi fe ha tenido una importancia grande en otro orden de cosas, pero no he acudido a ella como instrumento de interpretación histórica.

- En principio me he esforzado por investigar a Jesús a partir de todas las *fuentes literarias* disponibles⁸. En esto hay un consenso generalizado entre los investigadores, cristianos o no cristianos. Esto no significa en absoluto equiparar arbitrariamente su valor o credibilidad. De hecho, los cuatro evangelios son, sin duda alguna, la fuente más importante y decisiva. No porque sean los escritos oficialmente aceptados por las Igle-

⁶ Discurso pronunciado por Juan Pablo II el 23 de abril de 1993 en la presentación del Documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. Madrid, PPC, 2007, p. 16.

⁷ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, o. c., p. 36.

⁸ Para conocer mi visión de las fuentes literarias y su valoración general para el estudio de Jesús, cf. Anexo 3, pp. 509-515.

sias cristianas, sino porque provienen del grupo más cercano de seguidores de Jesús, y ofrecen el marco en el que su recuerdo se ha conservado de forma más completa y auténtica. El lector un poco atento observará que mi estudio está totalmente fundamentado y centrado en el análisis de las fuentes evangélicas.

De hecho, las demás fuentes, tan valoradas hoy por algunos sectores del mundo anglosajón, no aportan en la práctica información fiable de interés para aproximarnos a Jesús. Junto a los investigadores de mayor prestigio, también yo suscribo la conclusión a la que llega el eminente investigador J. P. Meier: «No creo que el material rabínico, los *agrapha*, los evangelios apócrifos y los códices de Nag Hammadi (en particular el *Evangelio de Tomás*) nos ofrezcan información nueva y fiable ni dichos auténticos e independientes del Nuevo Testamento»⁹. El lector que se detenga a examinar las notas de mi libro observará que estoy atento al evangelio apócrifo de Tomás y otros escritos semejantes, pero no para fundamentar mis posiciones, sino para analizarlos críticamente o, en ocasiones, para reafirmar más algún aspecto señalado por los evangelios canónicos¹⁰.

- Como es obvio, para no actuar de forma arbitraria o ligera, es necesario tener en cuenta a lo largo de la investigación *criterios* claros que nos permitan evaluar el contenido de las fuentes. De hecho, aunque los evangelios ocupan un lugar privilegiado en la investigación de Jesús, no son fuentes que garanticen automáticamente la historicidad de sus palabras y sus hechos tal como aparecen narrados en un determinado texto. Los evangelistas no han compuesto una «biografía» de Jesús en el sentido moderno de esta palabra. Sus escritos están impregnados de su fe en Cristo resucitado, son sumamente selectivos, han sido narrados en función de problemas y necesidades de las primeras comunidades cristianas y están ordenados y orientados hacia objetivos teológicos concretos. Por eso exigen un estudio crítico cuidadoso antes de obtener de ellos información fidedigna para la investigación.

Como es natural, he seguido los *criterios de historicidad* que están hoy más consolidados entre los investigadores: el criterio de *dificultad* (si un

⁹ J. P. MEIER, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. I. Las raíces del problema y de la persona*. Estella, Verbo Divino, 2001, p. 159. Cf. Anexo 3, pp. 509ss.

¹⁰ Esta atención a la literatura apócrifa puede parecer superflua. Tal vez lo es. Pero lo hago para mostrar que los escritos apócrifos que tanto interés generan hoy en los lectores de las novelas-ficción sobre Jesús deben ser estudiados críticamente.

dato crea dificultades, es muy probable que provenga de Jesús y no de una creación posterior de la tradición cristiana); el criterio de *discontinuidad*, utilizado de manera plausible (si un dato no puede explicarse ni recurriendo al judaísmo ni a la Iglesia primitiva, es muy posible que lo tengamos que atribuir a Jesús); el criterio de *testimonio múltiple* (si un dato aparece en fuentes múltiples e independientes, crece su fiabilidad histórica); el criterio de *coherencia* (es más fiable lo que cuadra con las circunstancias históricas o con los datos bien establecidos)¹¹.

Hemos de recordar que la historia no es una ciencia exacta. El lector observará que, en bastantes ocasiones, voy matizando mis proposiciones con diversas expresiones («probablemente», «tal vez», «seguramente», «todo hace pensar que...», «no es fácil saber»). Es el lenguaje humilde del historiador. Lo importante es esforzarnos por acceder a lo esencial: el perfil básico de la persona de Jesús; los rasgos más característicos de su actuación, el contenido y las líneas de fuerza de su mensaje¹².

- Siguiendo la actitud generalizada de la investigación moderna, que no se limita al estudio crítico de las fuentes literarias que poseemos sobre Jesús, sino que emplea toda clase de *métodos y ciencias*, también yo me he esforzado por estar atento a las aportaciones más relevantes de la arqueología, la antropología cultural, la sociología de las sociedades agrarias de la cuenca mediterránea, la economía...¹³ Esta forma de abordar el estudio de Jesús de manera interdisciplinar está logrando una mejor contextualización de Jesús en la Galilea de los años treinta del siglo I, arrojando nueva luz sobre su actuación y su mensaje (actividad curadora, comensalidad con «publicanos y pecadores», estilo de vivir de Jesús entre los últimos, exigencias concretas del reino de Dios, llamada concreta a la conversión...). He estado especialmente atento a esta investigación, pues, recogiendo pacientemente matices y detalles descuidados de ordinario, se hace posible introducir en nuestra visión del Jesús narrado en los evangelios esa «vivacidad» y «profundidad» de las que habla J. Ratzin-

¹¹ Puede verse el Anexo 4, pp. 516-518.

¹² Los títulos de cada capítulo están muy pensados y tratan de recoger aspectos básicos del perfil de Jesús, de su mensaje y de su actuación.

¹³ He tenido en cuenta de manera especial los criterios y orientaciones de la Pontificia Comisión Bíblica sobre la necesidad del acercamiento sociológico, la importancia del acercamiento desde la antropología cultural, la aportación del acercamiento liberacionista y del acercamiento feminista. Cf. Anexo 2, pp. 505-508.

ger. Creyentes habituados a acceder a Jesús solo en el contexto, a veces rutinario, de la celebración litúrgica y de la predicación homilética, podrán tal vez contemplar a ese mismo Jesús con luz nueva al verlo contextualizado en su vida concreta de Galilea.

- Por último quiero decir que he hecho un esfuerzo grande por conocer de la manera más completa posible los trabajos más importantes de quienes están dedicados hoy a la investigación sobre Jesús. En la medida de mis posibilidades he estudiado, evaluado y sintetizado las aportaciones de los autores más reconocidos por su rigor histórico y la solidez de sus propuestas¹⁴.

No he actuado de manera acrítica. En mi trabajo me distancio de un sector de investigadores que, por su metodología, utilización de las fuentes apócrifas o radicalidad de sus posiciones se aleja llamativamente de la investigación más equilibrada y reconocida¹⁵. También me distancio netamente de la tendencia que se observa en algunos autores de entender la investigación como un esfuerzo por ir eliminando drásticamente de la tradición todo lo supuestamente añadido o retocado posteriormente por la tradición cristiana, hasta llegar a un «Jesús puro» que vendría a sustituir prácticamente al «Cristo de la fe». He seguido más bien el criterio de James D. G. Dunn y otros de estar atentos al impacto que, de hecho, dejó Jesús en sus seguidores más cercanos. A Jesús nos aproximamos estudiando sobre todo el recuerdo que dejó en los suyos¹⁶.

También he hecho un esfuerzo por no quedarme encerrado en la «reconstrucción» personal de un autor u otro, aun de prestigio reconocido. En la investigación de estos últimos años se han diseñado diferentes mo-

¹⁴ En mi estudio *Jesús de Nazaret. El hombre y su mensaje*, de 1981, me basaba en los grandes investigadores de aquel momento (Jeremías, Käsemann, Bornkamm, Fuchs, Schürmann, Schnackenburg, Schlier, Léon-Dufour, Grelot, Taylor, Perrin, Dodd...). En este libro recojo lo que ha quedado confirmado de su obra e incluso utilizo directamente algunos de sus estudios para cuestiones concretas (Schürmann, Jeremías, Perrin, Léon-Dufour...), pero mi trabajo se basa sobre todo en la investigación que se está llevando a cabo desde los años ochenta del siglo XX hasta nuestros días.

¹⁵ Pienso sobre todo en J. D. Crossan, los miembros del *Jesus Seminar* y quienes se mueven en su órbita. Este distanciamiento crítico no obsta para que, en ocasiones, recoja pequeños datos o matices que confirman y enriquecen posiciones sólidas y equilibradas de la investigación actual.

¹⁶ J. D. G. DUNN, *Redescubrir a Jesús de Nazaret. Lo que la investigación sobre el Jesús histórico ha olvidado*. Salamanca, Sígueme, 2006; (ID.), *Jesus remembered*. Grand Rapids, MI – Cambridge, Eerdmans, 2003, pp. 96-136.

delos de Jesús: Jesús «reformador social», Jesús «itinerante cínico», Jesús «profeta escatológico», Jesús «maestro sapiencial», Jesús «carismático piadoso»... Los grandes investigadores corren el riesgo de focalizar su investigación en aquello que responde mejor a su «modelo» de Jesús, descuidando otros aspectos importantes que también están sólidamente recogidos en la tradición. Por mi parte he tratado de estar atento a las aportaciones más sólidas de estos «modelos» diversos, recogiendo lo que aparece razonablemente compatible entre sí¹⁷.

¿Qué papel ha jugado mi fe?

Tengo que decir que yo no he sentido incompatibilidad alguna entre mi trabajo de investigación histórica y mi fe en Jesucristo. Como es natural, no he recurrido a mi fe como instrumento de investigación. He acudido a métodos científicos. Pero prescindir de la fe para estudiar históricamente a Jesús no significa negar la fe, ni mucho menos.

Mi fe ha sido desde el principio el estímulo principal en mi trabajo. Este libro ha nacido de mi fe y de mi amor a Jesucristo. Yo nunca investigaré la historia del emperador Tiberio ni la vida de Aristóteles. A los cristianos nos interesa mucho conocer todo lo que podamos de la persona y de la vida de Jesús precisamente porque creemos que a través de esa persona y de esa vida concreta se nos ha revelado Dios de forma única, excepcional e irrepetible. Si en Jesús me encuentro con el misterio de Dios encarnado, ¿cómo no me va a interesar conocer con la mayor concreción posible cómo es, qué defiende, a quiénes se acerca, qué actitud adopta ante los que sufren, cómo busca la justicia, cómo trata a la mujer, cómo entiende y vive la religión...?¹⁸

Durante la elaboración de este libro he hecho algo que nunca había hecho anteriormente. Después de examinar una cuestión concreta valorando críticamente los datos que me proporcionaban los investigadores,

¹⁷ Conozco las dificultades que esto entraña, pero mi estudio pretende de alguna manera sintetizar y utilizar de forma equilibrada la investigación actual.

¹⁸ En el discurso ya citado que Juan Pablo II pronunció en la presentación del documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, afirma solemnemente que «la Iglesia católica toma en serio el realismo de la encarnación, y por ello atribuye gran importancia al estudio histórico-crítico de la Biblia», o. c., p. 11.

he pasado muchas horas en silencio tratando de sintonizar con el protagonista. A veces lo he hecho como historiador (en tercera persona): «¿Quién es este Jesús que ha dejado tras de sí tantos interrogantes y debates?», «¿qué podemos decir hoy de su actuación y su mensaje?». Otras veces lo he hecho como creyente (en segunda persona): «¿Quién eres tú?», «¿qué es lo primero que brotaba en ti al ver sufrir a la gente?», «¿cómo puedo contar tu historia con verdad a los hombres y mujeres de hoy?». Entiéndase bien. No lo he hecho para modificar los datos críticamente establecidos, sino para penetrar mejor en el significado de esos datos y para sintonizar más vitalmente con la persona de Jesús y su mensaje.

Quiero decir también que, estimulado por la fe, he tratado de cuidar dos actitudes de orden «existencial», que van más allá de cualquier posición confesional o agnóstica. La primera es la *afinidad*. Es claro que, si el investigador tiene una afinidad vivida con aquello que está investigando, eso le permite captar y expresar mejor su significado¹⁹. No cabe duda de que la sintonía con el mensaje de Jesús, la actitud abierta y positiva a sus llamadas, la simpatía con sus actitudes fundamentales... aumentan la capacidad del exegeta para captar su verdad. He tratado de sintonizar con Jesús, pero cuántas cosas se me habrán escapado por no ser un seguidor más fiel.

En segundo lugar, la fe me ha estimulado a narrar la historia de Jesús de manera significativa para la sociedad moderna. Esta preocupación acerca de lo que puede significar Jesús para la vida humana de hoy es legítima en cualquier investigador y sirve de acicate en la búsqueda histórica²⁰. He querido poner a los hombres y mujeres de hoy ante Jesús. Por eso, al redactar mi obra, me he alejado del género literario empleado de ordinario por los investigadores. No he buscado exponer fríamente las

¹⁹ Según la Pontificia Comisión Bíblica, es conveniente recordar que «el justo conocimiento del texto bíblico no es accesible sino a quien tiene afinidad vivida con aquello de lo que habla el texto» (o. c., p. 74). Cf. Anexo 2, pp. 505-508.

²⁰ Hace unos años, Albert Nolan escribió un libro de título muy significativo: *Jesús antes del cristianismo. ¿Quién es este hombre?* Santander, Sal Terrae, 1981. Así presenta su objetivo: «Vamos pues a buscar la verdad histórica acerca de Jesús; pero ni siquiera es este nuestro principal objetivo. El método es histórico, pero no así la finalidad... No nos mueve la obsesión académica de la historia por la historia. Este libro tiene un objetivo urgente y práctico. Me preocupa extraordinariamente la gente, el sufrimiento de tantos millones de personas, y la perspectiva de un sufrimiento mucho mayor en un futuro próximo. Lo que pretendo es que es lo que puede hacerse al respecto» (pp. 9-10).

conclusiones, estableciendo los datos más fidedignos. No me he detenido en tecnicismos académicos ni en intereses de escuela. He pasado mucho tiempo buscando palabras claras, sencillas, buenas, para elaborar un relato vivo. He querido contar a Jesús de manera sencilla a los hombres y mujeres de hoy, pero sin desvirtuar o desfigurar los resultados de la investigación ²¹.

Mi opción por este género narrativo se debe a mi voluntad de acercar al lector de hoy, creyente o no, a la experiencia que vivieron los que se encontraron con Jesús, y ayudarle a sintonizar con la Buena Noticia que descubrieron en él. Si Jesús fue captado y recordado como algo «nuevo» y «bueno» por quienes se encontraron con él, ¿no podrá aportarnos hoy algo renovador, liberador, esperanzador? Recuperar de manera rigurosa y viva la dimensión humana de Jesús, ¿no puede ser hoy una «Buena Noticia» para creyentes y no creyentes? ²²

Es difícil acercarse a él y no quedar atraído por su persona. Jesús aporta un horizonte diferente a la vida, una dimensión más profunda, una verdad más esencial. Su vida se convierte en una llamada a vivir la existencia desde su raíz última, que es un Dios que solo quiere para sus hijos e hijas una vida más digna y dichosa. El contacto con él invita a desprenderse de posturas rutinarias y postizas; libera de engaños, miedos y egoísmos que paralizan nuestras vidas; introduce en nosotros algo tan decisivo como es la alegría de vivir, la compasión por los últimos o el trabajo incansable por un mundo más justo. Jesús enseña a vivir con sencillez y dignidad, con sentido y esperanza.

Todavía más. Jesús puede llevar a creer en Dios sin hacer de su misterio un ídolo ni una amenaza, sino una presencia amistosa y cercana, fuente inagotable de vida y de compasión hacia todos. Lamentablemente vivimos a veces con imágenes enfermas de Dios que vamos transmi-

²¹ Por eso el libro permite, por decirlo así, una lectura en dos niveles. Se puede leer sencillamente el relato de la parte superior o se pueden leer además las notas a pie de página para conocer mejor el estado de la investigación en cada punto concreto o las razones que justifican el curso del relato.

²² Según los expertos en narratología (P. Ricoeur, G. Genette, D. Rhoads, J. D. Kingsbury...), «narrar es la forma más elemental de comunicar las experiencias fundantes de la humanidad». En concreto, «contar» la experiencia que dio origen a la fe cristiana es una manera de reactivar hoy la presencia de Jesús ayudando a los no cristianos a aproximarse a él, y enriqueciendo a los cristianos en su acceso creyente al Cristo de la fe» (D. MARGUERAT, *Le Dieu des premières chrétiens*. Ginebra, Labor et Fides, ³1997, pp. 147-163).

tiendo de generación en generación sin medir sus efectos desastrosos. Jesús invita a vivir su experiencia de un Dios Padre más humano y más grande que todas nuestras teorías: un Dios salvador y amigo.

¿Cómo leer este libro?

Los capítulos que componen este libro no forman los eslabones de una historia biográfica de Jesús. No han de ser leídos así, pues, como es sabido, no es posible escribir una «biografía» de Jesús en el sentido moderno de esta palabra. Los trece primeros capítulos nos aproximan a él diseñando poco a poco sus rasgos principales: judío de Galilea (1), vecino de Nazaret (2), buscador de Dios (3), profeta del reino de Dios (4), poeta de la compasión (5), curador de la vida (6), defensor de los últimos (7), amigo de la mujer (8), maestro de vida (9), creador de un movimiento renovador (10), creyente fiel (11), conflictivo y peligroso (12), mártir del reino de Dios (13).

Los que no son cristianos podrán leer estos capítulos buscando conocer mejor a un hombre que ha marcado la historia de la humanidad. Algunos tal vez comenzarán a entender por qué el paso del tiempo no ha logrado borrar su fuerza seductora ni apagar el eco de sus palabras. Otros quizá sentirán que su persona y su mensaje siguen ahí, llamando a la humanidad a una vida más digna, humana y esperanzada. Tal vez haya quien se sienta personalmente invitado a poner más verdad, más sentido y más esperanza en su vida, acercándose más a su misterio.

Desde su fe en Jesucristo, los cristianos podrán leer estos mismos capítulos con otra emoción y gozo, al conocer de forma más concreta la vida humana de aquel en quien se nos ha revelado Dios de un modo único e irrepetible. Agradecerán a Dios porque su encarnación no ha sido un acontecimiento abstracto, sino un hecho tan humano como hacerse «vecino» nuestro en aquella aldea de Nazaret. Alabarán a Dios al tomar más conciencia de que, al encarnarse, no se nos ha revelado en la figura poderosa de un emperador romano o de un sumo sacerdote de Jerusalén, tampoco en las enseñanzas de un maestro de la ley o en la ascesis de un «monje» de Qumrán, sino en los rasgos inconfundibles de un «profeta» que anunciaba con pasión su reino de vida y justicia para todos, y en los de un «poeta» que narraba su compasión por el ser humano. Se conmo-

verán al ver que Dios encarnado ha convivido entre los hombres haciendo el bien: «curando la vida», «defendiendo a los últimos», «amando a la mujer» y buscando su verdadera dignidad. Tal vez su adhesión a Jesús crecerá al sintonizar con él como «maestro de vida» y «creyente fiel», y su voluntad de seguirle con fidelidad se reafirmará al ver su empeño en confiar su misión a un «grupo renovador» al que pertenecen ellos mismos. Y, una vez más, todos podrán adorar en silencio el Amor insondable de Dios revelado en su Hijo crucificado por la salvación del mundo.

En sentido estricto, un estudio histórico sobre Jesús ha de acabar cuando acaba su historia, en la ejecución del Calvario, el año 30. La resurrección del Crucificado no pertenece ya a la historia terrena de Jesús, pues, según sus seguidores, no es un retorno a esta vida nuestra en el mundo, sino su paso a la Vida de Dios. Por eso, la mayoría de investigadores concluyen su estudio con el capítulo de la crucifixión. Sin embargo yo no he querido acabar mi libro en la cruz. He añadido dos capítulos que desbordan la historia de Jesús: el capítulo 14, sobre Jesús «resucitado por Dios», y el último, titulado «Ahondando en la identidad de Jesús». ¿Por qué?

No he querido dejar a los lectores desconcertados ante un Jesús ejecutado cruelmente en un patíbulo. No todo terminó ahí. Si la crucifixión hubiera sido el último recuerdo que quedó de Jesús, no se habrían escrito los evangelios ni habría nacido la Iglesia. Es difícil saber quién habría guardado su memoria y cómo habría llegado hasta nosotros el eco de su vida y de su mensaje. Pero sucedió «algo» difícil de explicar. Sus seguidores más cercanos, que habían huido a Galilea abandonando a Jesús a su suerte, vuelven a Jerusalén, se reúnen en su nombre y comienzan a proclamar que el ajusticiado días antes en la cruz está vivo: ¡ha sido resucitado por Dios!

En este capítulo no expongo todo lo que los cristianos confesamos sobre Jesucristo, resucitado por el Padre de entre los muertos. Sencillamente he querido rastrear históricamente las fuentes para ver qué podemos decir sobre lo sucedido. Solo busco acercar a los lectores, que han recorrido mi obra hasta la ejecución de Jesús en la cruz, a la experiencia que han podido vivir quienes, por vez primera, se atrevieron a confesar que Jesús sigue lleno de vida después de su muerte. En concreto he abordado tres cuestiones que pueden ser objeto de un estudio histórico. Lo primero que podemos examinar es qué quieren decir los primeros que comienzan a hablar de la «resurrección» de Jesús: ¿cómo la entienden?, ¿en qué están

pensando? Luego podemos examinar qué es posible decir históricamente del proceso que los llevó a creer en algo tan asombroso: ¿qué es lo que pudo provocar un vuelco tan radical en estos discípulos que poco antes huían dando por perdido a Jesús?, ¿qué es lo que han vivido después de su ejecución?, ¿qué podemos decir de la experiencia que ha desencadenado su entusiasmo por Cristo resucitado? Por último podemos apuntar las primeras conclusiones que empiezan a extraer de su fe en la resurrección: Dios le ha dado la razón a Jesús y le ha hecho justicia.

Naturalmente, no todos leerán de la misma forma este capítulo tan decisivo para la fe en Jesucristo. Entre los no creyentes brotarán las dudas más radicales: algunos se sentirán muy lejos de todo esto, pensarán que es demasiado bello para ser cierto; otros respetarán la fe cristiana o tratarán incluso de entenderla; puede haber quienes se sientan invitados a buscar sin cerrar ninguna puerta. Los cristianos, por su parte, sintonizarán con gozo con la experiencia de los primeros testigos del Resucitado. Es la «experiencia fundante» de la que ha nacido la Iglesia. Tal vez estas páginas le ayuden a más de uno a reavivar esa fe en Cristo resucitado que celebramos los cristianos todos los domingos.

El último capítulo cierra mi libro evocando brevemente el esfuerzo nunca concluido que van a iniciar los cristianos, a partir de su experiencia de Cristo resucitado, para ahondar en la verdadera identidad de Jesús. En el origen y la gestación de su fe en Jesucristo hay una pregunta a la que los primeros discípulos se sienten llamados a responder: ¿quién es este Jesús cuya vida era tan atractiva como sorprendente y cuya muerte lo ha sido aún más al terminar en resurrección?, ¿con quién se han encontrado realmente en Galilea?, ¿quién es este Profeta cuya vida ha despertado tanta esperanza en sus corazones y cuya resurrección de la muerte les invita ahora a esperar la vida eterna de Dios?, ¿cuál es la verdadera identidad de este crucificado al que Dios ha resucitado infundiéndole su propia vida?, ¿cómo le tienen que llamar?, ¿cómo lo han de anunciar?

No es el propósito de este libro desentrañar los complejos caminos de la gestación y desarrollo de la fe cristológica. Solo pretendo ayudar de manera modesta a que los lectores puedan vislumbrar algo de los primeros pasos que se dieron en las comunidades cristianas para ahondar en el misterio encerrado en Jesús. Para ello señalo dos hechos. En primer lugar, la relectura de la historia de Jesús que llevaron a cabo los evangelistas a la luz de Cristo resucitado, para ahondar en su persona, su actuación y men-

saje; los evangelistas que, analizados críticamente, me han servido de fuente para aproximarme históricamente a Jesús, los presento ahora como testigos de la fe en Jesucristo, Hijo de Dios, que va emergiendo a partir del Jesús que conocieron en Galilea interpretado desde la luz de su encuentro con el Resucitado. En segundo lugar resumo brevemente el esfuerzo que hicieron las primeras generaciones cristianas para ir buscando «nombres» y «títulos» adecuados para expresar su verdadera identidad.

¿En quiénes he pensado al escribir este libro?

Antes que nada he tenido en mi mente a cristianos y cristianas que conozco de cerca. Sé cómo se encenderá su fe y cómo disfrutarán de ser creyentes si conocen mejor a Jesús. Bastantes de ellos, mujeres y hombres buenos, viven en la «epidermis de la fe», alimentándose de un cristianismo convencional. Buscan seguridad religiosa en las creencias y prácticas que encuentran a su alcance, pero no viven una relación gozosa con Jesucristo. Han oído hablar de él desde niños, pero lo que saben de él no los seduce ni enamora. Su vida se transformaría si se encontraran con Jesús. Conozco bien la tentación de vivir correctamente dentro de la Iglesia, sin preocuparnos de lo único que buscó Jesús: el reino de Dios y su justicia. Hay que volver a las raíces, a la primera experiencia que desencadenó todo. No basta confesar que Jesús es la encarnación de Dios si luego no nos preocupa saber cómo era, qué vivía o cómo actuaba ese hombre en el que Dios se nos ha revelado. Nada es más importante para la Iglesia que conocer, amar y seguir más fielmente a Jesucristo.

Pero Jesús no es solo de los cristianos. Su vida y su mensaje son patrimonio de la humanidad. Tiene razón el escritor francés Jean Onimus cuando manifiesta su protesta: «¿Por qué ibas a ser tú propiedad privada de predicadores, de doctores y de algunos eruditos, tú que has dicho cosas tan simples y directas, palabras que todavía hoy son para todos palabras de vida?». Mientras escribía estas páginas he pensado en quienes ignoran casi todo sobre Jesús. Hombres y mujeres para quienes su nombre no ha representado nunca nada serio o cuya memoria se ha borrado hace mucho de su conciencia. He recordado a jóvenes que no saben gran cosa de la fe, pero que se sienten secretamente atraídos por Jesús. Sufro cuando les oigo decir que han dejado la religión para vivir mejor. ¿Mejor

que con Jesús? Cómo me alegraría si alguno de ellos vislumbrara en estas páginas un camino para encontrarse con él.

He tenido muy presentes a quienes, decepcionados ante el cristianismo real que tienen ante sus ojos, se han alejado de la Iglesia y andan hoy buscando, por caminos diversos, luz y calor para sus vidas. A algunos los conozco de cerca. No sienten su religión como fuente de vida y de liberación. Por desgracia han conocido el cristianismo a través de formas decadentes y poco fieles al evangelio. Con Iglesia o sin Iglesia, son muchos los que viven «perdidos», sin saber a qué puerta llamar. Sé que Jesús podría ser para ellos la gran noticia.

Pero nada me alegraría más que saber que su Buena Noticia llega, por caminos que ni yo mismo puedo sospechar, hasta los últimos. Ellos eran y son también hoy sus preferidos: los enfermos que sufren sin esperanza, las gentes que desfilan de hambre, los que caminan por la vida sin amor, hogar ni amistad; las mujeres maltratadas por sus esposos o compañeros; los que están condenados a pasar toda su vida en la cárcel; los que viven hundidos en su culpabilidad; las prostitutas esclavizadas por tantos intereses turbios; los niños que no conocen el cariño de sus padres; los olvidados o postergados por la Iglesia; los que mueren solos y son enterrados sin cruz ni oración alguna; los que son amados solo por Dios.

Sé que Jesús no necesita ni de mí ni de nadie para abrirse camino en el corazón y en la historia de las personas. Sé también que otros pueden escribir sobre él desde un conocimiento histórico más exhaustivo, desde una experiencia más viva y, sobre todo, desde un seguimiento más radical a su persona. Me siento lejos de haber captado todo el misterio de Jesús. Solo espero no haberlo traicionado demasiado. En cualquier caso, el encuentro con Jesús no es fruto de la investigación histórica ni de la reflexión doctrinal. Solo acontece en la adhesión interior y en el seguimiento fiel. Con Jesús nos empezamos a encontrar cuando comenzamos a confiar en Dios como confiaba él, cuando creemos en el amor como creía él, cuando nos acercamos a los que sufren como él se acercaba, cuando defendemos la vida como él, cuando miramos a las personas como él las miraba, cuando nos enfrentamos a la vida y a la muerte con la esperanza con que él se enfrentó, cuando contagiamos la Buena Noticia que él contagiaba.

JUDÍO DE GALILEA

Se llamaba *Yeshúa*, y a él probablemente le agradaba. Según la etimología más popular, el nombre quiere decir «Yahvé salva»¹. Se lo había puesto su padre el día de su circuncisión. Era un nombre tan corriente en aquel tiempo que había que añadirle algo más para identificar bien a la persona². En su pueblo, la gente lo llamaba *Yeshúa bar Yosef*, «Jesús, el hijo de José». En otras partes le decían *Yeshúa ha-notsrí*, «Jesús el de Nazaret»³. En la Galilea de los años treinta era lo primero que interesaba conocer de una persona: ¿de dónde es?, ¿a qué familia pertenece? Si se sabe de qué pueblo viene y de qué grupo familiar es, se puede conocer ya mucho de su persona⁴.

Para la gente que se encontraba con él, Jesús era «galileo». No venía de Judea; tampoco había nacido en la diáspora, en alguna de las colonias judías establecidas por el Imperio. Provenía de Nazaret, no de Tiberíades; era de una aldea desconocida, no de la ciudad santa de Jerusalén. Todos sabían que era hijo de un «artesano», no de un recaudador de impuestos ni de un escriba. ¿Podemos saber qué significaba en los años treinta ser un judío de Galilea?⁵

¹ *Yeshúa* es la forma abreviada de *Yehoshúa* y quiere decir «Yahvé salva». Filón de Alejandría, filósofo judío contemporáneo de Jesús, dice en una de sus obras que Jesús significa «salvación del Señor».

² El historiador judío Flavio Josefo menciona en sus escritos no menos de diez personas de la época de Jesús que llevan este mismo nombre. Antes del exilio a Babilonia, la forma de este nombre era «Josué».

³ El nombre de Jesús en castellano se deriva de la forma griega *Iesous*.

⁴ En esta cultura, la identidad de una persona arranca de su grupo. No interesa tanto la «descripción psicológica» del individuo cuanto el «grupo» al que pertenece (Malina/Rohrbaugh).

⁵ La investigación actual se esfuerza por situar a Jesús en el contexto concreto de la Galilea de los años treinta, no en algo tan genérico como el judaísmo del siglo I.

Bajo el Imperio de Roma

Jesús no tuvo ocasión de conocerlos de cerca. Ni César Augusto ni Tiberio pisaron su pequeño país, sometido al Imperio de Roma desde que el general Pompeyo entró en Jerusalén la primavera del año 63 a. C. Sin embargo oyó hablar de ellos y pudo ver su imagen grabada en algunas monedas. Jesús sabía muy bien que dominaban el mundo y eran los dueños de Galilea. Lo pudo comprobar mejor cuando tenía alrededor de veinticuatro años. Antipas, tetrarca de Galilea, vasallo de Roma, edificó una nueva ciudad a orillas de su querido lago de Genesaret y la convirtió en la nueva capital de Galilea. Su nombre lo decía todo. Antipas la llamó «Tiberíades» en honor de Tiberio, el nuevo emperador que acababa de suceder a Octavio Augusto. Los galileos debían saber quién era su señor supremo.

Durante más de sesenta años nadie se pudo oponer al Imperio de Roma. Octavio y Tiberio dominaron la escena política sin grandes sobresaltos. Una treintena de legiones, de cinco mil hombres cada una, más otras tropas auxiliares aseguraban el control absoluto de un territorio inmenso que se extendía desde España y las Galias hasta Mesopotamia; desde las fronteras del Rin, el Danubio y el mar Muerto hasta Egipto y el norte de África. Sin conocimientos geográficos, sin acceso a mapa alguno y sin apenas noticias de lo que sucedía fuera de Galilea, Jesús no podía sospechar desde Nazaret el poder de aquel Imperio en el que estaba clavado su pequeño país.

Este inmenso territorio no estaba muy poblado. A comienzos del siglo I podían llegar a cincuenta millones. Jesús era uno más. La población se concentraba sobre todo en las grandes ciudades, construidas casi siempre en las costas del Mediterráneo, a la orilla de los grandes ríos o en lugares protegidos de las llanuras más fértiles. Dos ciudades destacaban sobre todas. Eran sin duda las más nombradas entre los judíos de Palestina: Roma, la gran capital, con un millón de habitantes, a donde había que acudir para resolver ante el César los conflictos más graves, y Alejandría, con más de medio millón de moradores, donde había una importante colonia de judíos que peregrinaban periódicamente hasta Jerusalén. Dentro de este enorme Imperio, Jesús no es sino un insignificante galileo, sin ciudadanía romana, miembro de un pueblo sometido.

Las ciudades eran, por decirlo así, el nervio del Imperio. En ellas se concentraba el poder político y militar, la cultura y la administración. Allí

vivían, por lo general, las clases dirigentes, los grandes propietarios y quienes poseían la ciudadanía romana. Estas ciudades constituían una especie de archipiélago en medio de regiones poco pobladas, habitadas por gentes incultas, pertenecientes a los diversos pueblos sometidos. De ahí la importancia de las calzadas romanas, que facilitaban el transporte y la comunicación entre las ciudades, y permitían el rápido desplazamiento de las legiones. Galilea era un punto clave en el sistema de caminos y rutas comerciales del Próximo Oriente, pues permitía la comunicación entre los pueblos del desierto y los pueblos del mar. En Nazaret, Jesús vivió prácticamente lejos de las grandes rutas. Solo cuando vino a Cafarnaún, un pueblo importante al nordeste del lago de Galilea, pudo conocer la *via maris* o «camino del mar», una gran ruta comercial que, partiendo desde el Éufrates, atravesaba Siria, llegaba hasta Damasco y descendía hacia Galilea para atravesar el país en diagonal y continuar luego hacia Egipto. Jesús nunca se aventuró por las rutas del Imperio. Sus pies solo pisaron los senderos de Galilea y los caminos que llevaban a la ciudad santa de Jerusalén.

Para facilitar la administración y el control de un territorio tan inmenso, Roma había dividido el Imperio en provincias regidas por un gobernador que era el encargado de mantener el orden, vigilar la recaudación de impuestos e impartir justicia. Por eso, cuando, aprovechando las luchas internas surgidas entre los gobernantes judíos, Pompeyo intervino en Palestina, lo primero que hizo fue reordenar la región y ponerla bajo el control del Imperio. Roma terminaba así con la independencia que los judíos habían disfrutado durante ochenta años gracias a la rebelión de los Macabeos. Galilea, lo mismo que Judea, pasaba a pertenecer a la provincia romana de Siria. Era el año 63 a. C.

Los judíos de Palestina pasaron a engrosar las listas de «pueblos subyugados» que Roma ordenaba inscribir en los monumentos de las ciudades del Imperio. Cuando un pueblo era conquistado tras una violenta campaña de guerra, la «victoria» era celebrada de manera especialmente solemne. El general victorioso encabezaba una procesión cívico-religiosa que recorría las calles de Roma: la gente podía contemplar no solo los ricos expolios de la guerra, sino también a los reyes y generales derrotados, que desfilaban encadenados para ser después ritualmente ejecutados. Debía quedar patente el poder militar de los vencedores y la humillante derrota de los vencidos. La gloria de estas conquistas que-

daba perpetuada luego en las inscripciones de los edificios, en las monedas, la literatura, los monumentos y, sobre todo, en los arcos de triunfo levantados por todo el Imperio⁶.

Los pueblos subyugados no debían olvidar que estaban bajo el Imperio de Roma. La estatua del emperador, erigida junto a la de los dioses tradicionales, se lo recordaba a todos. Su presencia en templos y espacios públicos de las ciudades invitaba a los pueblos a darle culto como a su verdadero «señor»⁷. Pero, sin duda, el medio más eficaz para mantenerlos sometidos era utilizar el castigo y el terror. Roma no se permitía el mínimo signo de debilidad ante los levantamientos o la rebelión. Las legiones podían tardar más o menos tiempo, pero llegaban siempre. La práctica de la crucifixión, los degüellos masivos, la captura de esclavos, los incendios de las aldeas y las masacres de las ciudades no tenían otro propósito que aterrorizar a las gentes. Era la mejor manera de obtener la *fides* o lealtad de los pueblos⁸.

El recuerdo grandioso y siniestro de Herodes

Palestina no estuvo nunca ocupada por los soldados romanos. No era su modo de actuar. Una vez controlado el territorio, las legiones se retiraron de nuevo a Siria, donde quedaron estacionadas en puntos estratégicos. Palestina ocupaba un lugar de importancia vital, pues se encontraba en

⁶ Se conocen más de trescientos. El más famoso y significativo para nosotros es, sin duda, el arco de Tito, en el centro de Roma, donde se ensalza la victoria de este general romano que destruyó Jerusalén el año 70.

⁷ La *apoteosis* de Octavio, declarado *Augusto* («Sublime»), y su aclamación como «Salvador» del mundo, portador de «paz» y «prosperidad» para toda la humanidad, propició decisivamente el culto al emperador, que se desarrolló sobre todo en Oriente.

⁸ Basta recordar algunos de los episodios más graves ocurridos en Palestina y relatados por Flavio Josefo: en torno al año 53 o 52 a. C., cuando faltaban unos cincuenta para que naciera María Magdalena, el general Casio hizo esclavos a treinta mil (!) judíos en los alrededores de Tariquea (Magdala), en las riberas del lago de Galilea; el año 4 a. C., cuando Jesús tenía dos o tres años, el general Varo incendió Séforis y las aldeas de su alrededor, luego destruyó completamente Emaús y, por último, tomó Jerusalén, haciendo esclavos a un número incontable de judíos y crucificando a unos dos mil. La destrucción de Jerusalén llevada a cabo por Tito en agosto del año 70, y descrita de manera espeluznante por Flavio Josefo, hace palidecer todas las acciones anteriores. Según el historiador judío, las tropas romanas solo buscaban «destruir» la ciudad y «asolar la tierra» para castigar y aterrorizar al pueblo judío para siempre.

tre Siria, puerta de acceso a las riquezas de Asia Menor, y Egipto, uno de los «graneros» más importantes que abastecían a Roma. La presencia de las legiones era necesaria para defender la zona de la invasión de los partos, que, desde el otro lado del Éufrates, eran la única amenaza militar para el Imperio. Por lo demás, Roma siguió en Palestina su costumbre de no ocupar los territorios sometidos, sino de gobernarlos por medio de soberanos, a ser posible nativos, que ejercían su autoridad como vasallos o «clientes» del emperador. Eran estos quienes, en su nombre, controlaban directamente a los pueblos, a veces de manera brutal.

Herodes el Grande fue sin duda el más cruel. Jesús no lo conoció, pues nació poco antes de su muerte, cuando, cerca ya de los setenta años, vivía obsesionado por el temor a una conspiración. Ya años atrás había consolidado su poder ordenando la muerte de miembros de su propio entorno familiar que podían representar algún peligro para su soberanía. Uno tras otro, hizo desaparecer primero a su cuñado Aristóbulo, ahogado en una piscina de Jericó, luego a su esposa Mariamme, acusada de adulterio, a su suegra Alejandra y a otros. Al final de su vida seguía siendo el mismo. Tres años antes de su muerte hizo estrangular a sus hijos Alejandro y Aristóbulo, herederos legítimos del trono. Más tarde, enloquecido por el terror, pero contando siempre con el beneplácito de Augusto, mandó ejecutar a su hijo Herodes Antípatro. A los cinco días, Herodes expiraba en su palacio de Jericó. Jesús tenía dos o tres años y comenzaba a dar sus primeros pasos en torno a su casa de Nazaret⁹.

Un hombre como Herodes era el ideal para controlar Palestina, y Roma lo sabía. Por eso, en el otoño del 40 a. C., el Senado romano descartó otras opciones y lo nombró «rey aliado y amigo del pueblo romano». Herodes tardó todavía tres años en controlar su reino, pero el año 37 a. C. logró tomar Jerusalén con la ayuda de tropas romanas. Nunca fue un rey amado por los judíos. Hijo de una rica familia idumea, fue considerado siempre un intruso extranjero al servicio de los intereses de Roma. Para el Imperio, sin embargo, era el vasallo ideal que aseguraba sus dos objetivos principales: mantener una región estable entre Si-

⁹ El recuerdo de esta actuación siniestra de Herodes ante cualquiera que pudiera poner en peligro su poder está sin duda en el trasfondo del relato legendario de la «matanza de los inocentes» en Belén a manos de sus soldados (Mateo 2,1-18). Se dice que, en alguna ocasión, Augusto bromeó diciendo que prefería ser puerco (*hus*) de Herodes que hijo (*huios*) suyo.

ria y Egipto, y sacar el máximo rendimiento a aquellas tierras por medio de un rígido sistema de tributación. Las condiciones de Roma eran claras y concretas: Herodes debía defender sus fronteras, especialmente frente a los árabes y los partos, por el este; no podía permitir ninguna revuelta o insurrección en su territorio; por último, como rey aliado, debía colaborar con sus tropas en cualquier acción que Roma quisiera emprender en países del entorno.

Herodes fue siempre muy realista. Sabía que su primer deber era controlar el territorio evitando todo levantamiento o subversión. Por ello construyó una red de fortalezas y palacios donde estableció sus propias tropas. En Galilea ocupó Séforis y la convirtió en ciudad fuerte, principal centro administrativo de la región. Preocupado por la defensa de las fronteras, construyó la fortaleza del Herodion cerca de Belén, Maqueronte al este del mar Muerto y Masada al sur. En Jerusalén levantó la torre Antonia para controlar el área del templo, especialmente durante las fiestas de Pascua. Herodes fue levantando así un reino monumental y grandioso. Sabía combinar de manera admirable seguridad, lujo y vida fastuosa. Su palacio en las terrazas de Masada, el complejo casi inexpugnable del Herodion o la residencia real en el oasis amurallado de Jericó eran envidiados en todo el Imperio. Sin embargo fue la construcción de Cesarea del Mar y la del templo de Jerusalén lo que confirmó a Herodes como uno de los grandes constructores de la antigüedad.

Nunca olvidó Herodes a quién se debía. Regularmente hacía exquisitos presentes al emperador y a otros miembros de la familia imperial. Cada cinco años organizaba en Cesarea «juegos atléticos» en honor del César. Pero, sobre todo, cultivó como nadie el culto al emperador. Levantó en su honor templos y le dedicó ciudades enteras. En Samaría restauró la vieja capital y la llamó *Sebaste*, traducción griega del nombre de Augusto. Construyó en Jerusalén un teatro y un anfiteatro, que decoró con inscripciones que ensalzaban al César y trofeos que recordaban sus propias victorias militares. Pero, sin duda, el proyecto más atrevido y grandioso fue la construcción de Cesarea del Mar. Su puerto facilitaba la llegada de las legiones romanas por mar y, al mismo tiempo, el transporte de trigo, vino y aceite de oliva hacia Roma. La nueva ciudad representaba gráficamente la grandeza, el poder y la riqueza de Herodes, pero también su sumisión inquebrantable a Roma. Las fachadas de su palacio, los pavimentos de mosaicos, las pinturas al fresco, el uso abundante del

mármol o los paseos porticados con columnas sugerían una Roma en miniatura. Los viajeros que llegaban en barco o por tierra podían divisar desde lejos el enorme templo, donde se erigían las dos estatuas gigantes del emperador Augusto y de la diosa Roma, dominando la ciudad. La piedra blanca pulida que recubría el edificio brillaba a la luz del sol deslumbrando a la ciudad entera. Había que «educar» al pueblo para que venerara a su señor, el emperador de Roma, a quien se le llamaba ya *Augusto*, es decir, «el Sublime», nombre reservado de ordinario a los dioses.

Herodes reprimió siempre con dureza cualquier gesto de rebelión o resistencia a su política de rey vasallo de Roma. Uno de los episodios más dramáticos sucedió al final de su vida y tuvo gran repercusión por la carga simbólica de los hechos. Las obras del templo estaban ya muy adelantadas. Ante los ojos sorprendidos de los habitantes de Jerusalén iba apareciendo un edificio grandioso de estilo helénico-romano. Podían contemplar ya el impresionante pórtico real, adornado con columnas de mármol blanco, de estilo corintio. Todo estaba calculado por Herodes. Al mismo tiempo que se congraciaba con el pueblo judío levantando un templo a su Dios, dejaba constancia de su propia grandeza ante el mundo entero. Pero Herodes quería dejar claro además dónde residía el poder supremo. Para ello mandó colocar sobre la gran puerta de entrada un águila de oro que simbolizaba el poder de Roma. Pocas cosas podían ser más humillantes para los judíos que verse obligados a pasar bajo el «águila imperial» para entrar en la casa de su Dios. Judas y Matías, dos prestigiosos maestros de la ley, probablemente fariseos, animaron a sus discípulos a que la arrancaran y derribaran. Herodes actuó con rapidez. Detuvo a cuarenta jóvenes, autores del hecho, junto con sus maestros, y los mandó quemar vivos. El crimen era recordado todavía después de la muerte de Herodes, y junto a la entrada del templo se lloraba a los cuarenta y dos «mártires»¹⁰. Probablemente Jesús oyó hablar de ellos en Jerusalén al acercarse al templo.

Al morir Herodes estalló la rabia contenida durante muchos años y se produjeron agitaciones y levantamientos en diversos puntos de Palestina. En Jericó, uno de sus esclavos, llamado Simón, aprovechó la confusión del momento y, rodeándose de algunos hombres, saqueó el palacio

¹⁰ La guerra judía I, 648-655.

real y lo incendió. Probablemente fue también por estas fechas cuando el pastor Atronges se enfrentó, en las cercanías de Emaús, a tropas herodianas que transportaban grano y armas. El episodio más grave tuvo lugar en Séforis, donde un hijo de Ezequías, antiguo cabecilla de bandidos, llamado Judas se puso al frente de un grupo de hombres desesperados, tomó la ciudad y saqueó el palacio real, apoderándose de las armas y mercancías allí almacenadas.

La reacción de Roma no se hizo esperar. Quintilio Varo, gobernador de Siria, tomó a su cargo dos legiones, las completó con cuatro regimientos de caballería, reclutó otras tropas auxiliares de vasallos de la región –no menos de veinte mil hombres en total– y se dirigió hacia Palestina para controlar el país. Varo marchó directamente hacia Jerusalén y sus alrededores para apoderarse de la capital e impedir cualquier intento de cerco. Su actuación fue contundente, pues hizo esclavos a gran número de judíos y crucificó sin piedad a los más rebeldes. Flavio Josefo dice que fueron «unos dos mil en total». Mientras tanto envió a Gayo a Galilea a reprimir el principal foco de rebelión. Este lo hizo de manera brutal y sin encontrar apenas resistencia. Tomó la ciudad de Séforis y la incendió. Aterrorizó luego a los campesinos quemando algunas aldeas de los alrededores y se llevó como esclavos a un número grande de habitantes de la zona ¹¹.

Jesús tenía en estos momentos tres o cuatro años y vivía en la aldea de Nazaret, situada a solo cinco kilómetros de Séforis. No sabemos lo que pudo vivir su familia. Podemos estar seguros de que la brutal intervención de Roma fue recordada durante mucho tiempo. Estas cosas no se olvidan fácilmente entre los campesinos de las pequeñas aldeas. Es muy probable que Jesús las escuchara desde niño con el corazón encogido. Sabía muy bien de qué hablaba cuando más tarde describía a los romanos como «jefes de las naciones» que gobiernan los pueblos como «señores absolutos» y los «oprimen con su poder» ¹².

¹¹ *La guerra judía* II, 55-79.

¹² En Marcos se atribuyen a Jesús estas palabras: «Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros; sino el que quiera ser grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será esclavo de todos» (10,42-44). Los exegetas piensan que el texto recoge el pensamiento de Jesús, aunque sus palabras fueron adaptadas para criticar las rivalidades que surgieron entre los cristianos.

No cambió mucho la situación a la muerte de Herodes el año 4 a. C. Sus hijos impugnaron el testamento de su padre y Augusto resolvió definitivamente la sucesión a su manera: Arquelao se quedaría con Idumea, Judea y Samaría; Antipas gobernaría en Galilea y en Perea, una región que quedaba al oriente del Jordán; a Filipo se le daban Galaunítida, Tracónítida y Auranítida, tierras gentiles poco habitadas, hacia el norte y el este de Galilea. Ninguno de ellos fue nombrado rey. En concreto, Antipas recibió el título de «tetrarca», es decir, soberano de una cuarta parte del reino de Herodes el Grande.

Antipas gobernó Galilea desde el año 4 a. C. hasta el 39 d. C., en que fue depuesto por el emperador, terminando sus días exiliado en las Galias. Jesús fue súbdito suyo durante toda su vida. Educado en Roma, su actuación fue propia de un tetrarca, vasallo del emperador¹³. Es posible ver en él algunos de los rasgos que caracterizaron a su padre. Reinó largos años, como él; quiso construir también su «pequeño reino» y edificó junto al lago de Galilea la capital Tiberíades, una especie de miniatura de Cesarea, levantada por Herodes a orillas del Mediterráneo; siguiendo los pasos de su padre, no dudó en eliminar las críticas que, desde el desierto, le hacía un profeta llamado Juan Bautista, ordenando sin piedad su ejecución. Probablemente Jesús no se sintió nunca seguro en sus dominios¹⁴.

Galilea en tiempos de Antipas

Galilea era un país verde y fértil, diferente de la austera pero serena montaña de Samaría, y más todavía del áspero y escabroso territorio de Judea. Los escritores del siglo I hablan de tres regiones bien definidas. Al norte, la *Alta Galilea*, región fronteriza, poco poblada, con alturas de hasta 1.200 metros, de acceso no siempre fácil, refugio de bandidos y malhechores huidos de la justicia y lugar de donde bajan con fuerza las aguas

¹³ Sorprende la poca información que nos ofrecen sobre Antipas tanto Flavio Josefo como la literatura rabínica, a pesar de su largo reinado.

¹⁴ En Judea se vivió una situación diferente. Arquelao, que había sido nombrado «tetrarca», con la promesa de recibir más tarde el título de rey, fue cesado a los pocos años a raíz de las quejas de sus súbditos. Augusto no nombró un nuevo vasallo. Prefirió someter Judea al gobierno directo de Roma por medio de prefectos que residían en Cesarea del Mar. Depuesto Arquelao el año 6 d. C., el primero de estos prefectos en llegar fue Coponio.

que dan nacimiento al Jordán. Descendiendo hacia el sur, la *Baja Galilea*, un territorio de colinas no muy elevadas, a cuyos pies se extiende la gran llanura de Yizreel, una de las comarcas más ricas de todo el país; en medio de ella, dos sugestivas montañas solitarias, el Tabor y el pequeño Hermón. Desperdigados por toda la zona, numerosas aldeas y pueblos agrícolas¹⁵; en la región montañosa se encontraba Nazaret, y un poco más al norte, en medio de un valle encantador, Séforis, capital de Galilea durante la infancia de Jesús. La *región del lago* era una comarca muy rica y poblada, en torno a un lago de agua dulce y rico en pesca. Tres importantes ciudades se asomaban a sus orillas: Cafarnaún, Magdala y Tiberíades. Galilea constituía un territorio de unos 20.000 kilómetros cuadrados. A pesar de ser uno de los países más poblados de la zona, la población de Galilea en tiempos de Antipas no superaba seguramente los 150.000 habitantes¹⁶.

Para acercarnos un poco más al país, nada mejor que leer la descripción del historiador judío Flavio Josefo, que lo conocía bien, pues había sido el general encargado de defender el territorio galileo contra la invasión de Roma el año 66 d. C. Esto es lo que cuenta de la «región del lago», tan frecuentada por Jesús:

A lo largo del lago de Genesaret se extiende una tierra del mismo nombre, admirable por su belleza natural. La fertilidad del terreno permite toda clase de vegetación. Sus habitantes la cultivan en su totalidad. La bonanza del clima es, además, muy apropiada para toda clase de plantas. Los nogales, que en comparación con otros árboles necesitan un clima especialmente fresco, aquí abundan y florecen. Hay también palmeras, que necesitan grandes calores. No muy lejos encontramos higueras y olivos, que requieren un clima más templado. Se podría decir que la naturaleza se ha esforzado por reunir aquí, en un solo lugar, las especies más incompatibles, o que las estaciones del año compiten en una noble lucha por hacer valer cada una sus derechos sobre esta tierra. El suelo no solo produce los frutos más diversos, sino

¹⁵ Flavio Josefo habla de 204 pueblos en Galilea. Las excavaciones llevadas a cabo recientemente en diversas áreas del territorio hacen pensar que no es una cifra exagerada.

¹⁶ No es fácil avanzar cifras precisas sobre la población. Nuevos criterios de estimación están reduciendo de manera notable las cifras que se daban hace unos años siguiendo de cerca a Flavio Josefo (Reed, Freyne, Horsley).

que se cuida de que, durante mucho tiempo, haya frutos maduros. Los más nobles de entre ellos, las uvas y los higos, se recogen sin interrupción durante diez meses. Las restantes frutas van madurando en el árbol a lo largo de todo el año. Porque, además de la suavidad del clima, contribuyen a la fertilidad de esta tierra las aguas de una fuente que mana con fuerza. La gente del país le da el nombre de Cafarnaún¹⁷.

Aun prescindiendo de los adornos y exageraciones tan del gusto de Flavio Josefo, no es difícil adivinar que el país de Jesús era envidiable¹⁸. Su clima suave, los vientos húmedos del mar, que penetraban con facilidad hasta el interior, y la fertilidad de la tierra hacían de Galilea un país exuberante. Por lo que podemos saber, en los valles de Yizreel y Bet Netofá se cultivaba trigo de calidad y también cebada, que, por su sabor amargo y difícil digestión, era el pan de los más pobres. Se veían viñedos un poco por todas partes; incluso en las laderas poco escarpadas. Galilea producía, al parecer, un vino excelente de tipo egeo¹⁹. El olivo era un árbol apreciado y abundante. Las higueras, granados y árboles frutales crecían más bien en las cercanías de las aldeas o en medio de las viñas. En terrenos más húmedos y sombreados se cultivaban verduras y hortalizas.

Galilea era una sociedad agraria. Los contemporáneos de Jesús vivían del campo, como todos los pueblos del siglo I integrados en el Imperio. Según Josefo, «toda la región de Galilea está dedicada al cultivo, y no hay parte alguna de su suelo que esté sin aprovechar»²⁰. Prácticamente toda la población vive trabajando la tierra, excepto la elite de las ciudades, que se ocupa de tareas de gobierno, administración, recaudación de impuestos o vigilancia militar²¹. Es un trabajo duro, pues solo se puede contar con la ayuda de algunos bueyes, burros o camellos. Los campesinos de las aldeas consumen sus fuerzas arando, vendimiando o

¹⁷ *La guerra judía* III, 516-519.

¹⁸ Se piensa que el verdor de la Galilea que conoció Jesús era superior al actual.

¹⁹ La viña, como es sabido, era símbolo de la «tierra prometida» e imagen tradicional de Israel.

²⁰ *La guerra judía* III, 43.

²¹ Estudios comparativos llevan a la conclusión de que, en tiempos de Jesús, la población que trabajaba en los campos de Galilea representaba el 80-90%, mientras el 5-7% podía pertenecer a la elite (Lenski, Malina/Rohrbaugh, Hanson y Oakman).

segando las mieses con la hoz²². En la región del lago, donde tanto se movió Jesús, la pesca tenía gran importancia. Las familias de Cafarnaún, Magdala o Betsaida vivían del lago. Las artes de pesca eran rudimentarias: se pescaba con distintos tipos de redes, trampas o tridentes. Bastantes utilizaban barcas; los más pobres pescaban desde la orilla. De ordinario, los pescadores no vivían una vida más cómoda que los campesinos de las aldeas. Su trabajo estaba controlado por los recaudadores de Antipas, que imponían tasas por derechos de pesca y utilización de los embarcaderos²³.

En contra de lo que se ha podido pensar hasta hace poco, parece que ni el comercio con el exterior ni el comercio local tuvieron importancia en la Galilea que conoció Jesús. El transporte terrestre era difícil y costoso: solo se podía «negociar» con pequeños objetos de lujo. Es cierto que desde la Alta Galilea se exportaba aceite y otros productos a Tiro y a la costa fenicia, pero esta actividad nunca fue intensa. Por otra parte, la cerámica de barro de Kefar Hananía y las vasijas de Shikhim, que se encuentran por toda Galilea, no significan una producción destinada al negocio comercial. Sencillamente se iba produciendo lo necesario para atender las peticiones de las aldeas.

En una sociedad agraria, la propiedad de la tierra es de importancia vital. ¿Quién controlaba las tierras de Galilea? En principio, los romanos consideraban los territorios conquistados como bienes pertenecientes a Roma; por eso exigían el correspondiente tributo a quienes los trabajaban. En el caso de Galilea, gobernada directamente por un tetrarca-vasallo, la distribución de las tierras era compleja y desigual.

Probablemente, Antipas heredó grandes extensiones de tierras fértiles que su padre, Herodes el Grande, poseía en el valle de Yizreel, al sur de las montañas de Nazaret. Tenía también propiedades en los alrededores de Tiberíades; ello le dio facilidades para construir la nueva capital y colonizarla con gentes del entorno. Según Flavio Josefo, Antipas obtenía

²² Jesús vive en medio de estos campesinos galileos. Muchas de sus parábolas parecen tener como escenario las tierras del valle de Bet Netofá, al norte de Nazaret y Séforis, no lejos del lago de Galilea (Hanson/Oakman).

²³ Jesús se integró bien en este mundo de pescadores que no era el suyo. Jesús toma pescado en sus comidas y habla de «peces», «redes» y «pesca» en sus dichos y parábolas (fuente Q = Lucas 11,11 // Mateo 7,10; Mateo 13,47-50; *Evangelio [apócrifo] de Tomás* 8,1-2). [Para la fuente Q, cf. el Anexo 3, pp. 481-482.]

como renta de sus tierras de Perea y Galilea doscientos talentos²⁴. Además de controlar sus propias posesiones, los soberanos podían asignar tierras a miembros de su familia, funcionarios de la corte o militares veteranos. Estos grandes terratenientes vivían de ordinario en las ciudades, por lo que arrendaban sus tierras a los campesinos del lugar y las vigilaban por medio de administradores que actuaban en su nombre. Los contratos eran casi siempre muy exigentes para los campesinos. El propietario exigía la mitad de la producción o una parte importante, que variaba según los resultados de la cosecha; otras veces proporcionaba el grano y lo necesario para trabajar el campo, exigiendo fuertes sumas por todo ello. Los conflictos con el administrador o los propietarios eran frecuentes, sobre todo cuando la cosecha había sido pobre. Hay indicios de que, en tiempos de Jesús, estos grandes propietarios fueron haciéndose con nuevas tierras de familias endeudadas, llegando a controlar buena parte de la Baja Galilea.

Había, claro está, muchos campesinos que trabajaban tierras de su propiedad, ayudados por toda su familia; por lo general eran terrenos modestos situados no lejos de las aldeas. Había también bastantes que eran simples jornaleros que, por una razón u otra, se habían quedado sin tierras. Estos se movían por las aldeas buscando trabajo sobre todo en la época de la cosecha o la vendimia; recibían su salario casi siempre al atardecer de la jornada; constituían una buena parte de la población y muchos de ellos vivían entre el trabajo ocasional y la mendicidad. Jesús conocía bien este mundo. En una de sus parábolas habla de un terrateniente que «arrendó su viña a unos labradores» y de los conflictos que tuvo con ellos al negarse a entregar la parte convenida de la cosecha²⁵. En otra recuerda a unos «jornaleros» sentados en la plaza de una aldea, en la época de la vendimia, esperando a ser contratados por algún propietario. Sin duda los veía cuando iba recorriendo las aldeas de la Baja Galilea²⁶.

Uno de los rasgos más característicos de las sociedades agrícolas del Imperio romano era la enorme desigualdad de recursos que existía entre la gran mayoría de la población campesina y la pequeña elite que vivía en las ciudades. Esto mismo sucedía en Galilea. Son los campesinos de

²⁴ *La guerra judía* II, 95.

²⁵ Marcos 12, 1-9.

²⁶ Mateo 20,1-16.

las aldeas los que sostienen la economía del país; ellos trabajan la tierra y producen lo necesario para mantener a la minoría dirigente. En las ciudades no se produce; las elites necesitan del trabajo de los campesinos. Por eso se utilizan diversos mecanismos para controlar lo que se produce en el campo y obtener de los campesinos el máximo beneficio posible. Este es el objetivo de los tributos, tasas, impuestos y diezmos. Desde el poder, esta política de extracción y tributación se legitima como una obligación de los campesinos hacia la elite, que defiende el país, protege sus tierras y lleva a cabo diversos servicios de administración. En realidad, esta organización económica no promovía el bien común del país, sino que favorecía el bienestar creciente de las elites²⁷.

El primero en exigir el pago del tributo era Roma: el *tributum soli*, correspondiente a las tierras cultivadas, y el *tributum capitis*, que debía pagar cada uno de los miembros adultos de la casa²⁸. Se pagaba en especie o en moneda: a los administradores les agradaba recibir el tributo en grano para evitar las crisis de alimentos que se producían con frecuencia en Roma²⁹. Los tributos servían para alimentar a las legiones que vigilaban cada provincia, para construir calzadas, puentes o edificios públicos y, sobre todo, para el mantenimiento de las clases gobernantes. Negarse a pagarlos era considerado por Roma como una rebelión contra el Imperio, y eran los reyes vasallos los responsables de organizar la recaudación. No es posible saber a cuánto podía ascender. Se estima que, en tiempos de Antipas, podía representar el 12% o 13% de la producción. Sabemos que, según el historiador romano Tácito, significaba una carga muy pesada para los campesinos³⁰.

²⁷ Los estudios de Lenski, Freyne, Hanson, Oakman, Horsley, etc. están contribuyendo a adquirir una conciencia más precisa de la organización económica de Galilea. No existe prácticamente intercambio económico de reciprocidad entre campesinos y elites, sino imposición de una política que se resume en tres palabras: «exacción», «tributo» y «redistribución» desde el poder (Oakman).

²⁸ Al parecer, el *tributum soli* consistía en pagar un cuarto de la producción cada dos años; por el *tributum capitis*, cada persona pagaba un denario al año: los varones a partir de los catorce años y las mujeres desde los doce.

²⁹ Flavio Josefo habla del «trigo del César que estaba depositado en las aldeas de la Alta Galilea» (*Autobiografía*, 71).

³⁰ Según Tácito, hacia el año 17, cuando Jesús tenía veintiuno o veintidós años, Judea, exhausta por los tributos, pidió a Tiberio que los redujera; no sabemos la respuesta del emperador. Sin embargo, Sanders está probablemente en lo cierto cuando observa que la situación de los campesinos de Egipto y del norte de África, los dos grandes «graneros» de Roma, era todavía peor.

También Antipas, como su padre, tenía su propio sistema de impuestos. De ordinario se contrataba a recaudadores que, después de pagar al soberano una determinada cantidad, se aplicaban a extraer de las gentes el máximo beneficio³¹. Las tasas debieron de ser fuertes. Solo así pudo llevar adelante Herodes el Grande su ambicioso programa de construcciones. Algo semejante sucedió en tiempos de Jesús, cuando Antipas, en el corto período de veinte años, reconstruyó la ciudad de Séforis, incendiada por los romanos, y edificó enseguida la nueva capital Tiberíades. Los campesinos de Galilea lo tuvieron que sentir en los impuestos.

No sabemos si terminaban aquí las cargas o también desde el templo de Jerusalén se les exigían otras tasas sagradas. En el período asmoneo, antes de que Roma impusiera su Imperio, los gobernantes de Jerusalén extendieron a Galilea el tradicional y complicado sistema judío de diezmos y primeros frutos. Se consideraba una obligación sagrada hacia Dios, presente en el templo, y cuyos representantes y mediadores eran los sacerdotes. Al parecer, llegaba a representar hasta el 20% de la cosecha anual. Lo recogido en el campo, más el impuesto de medio *shékel* que todo judío adulto debía pagar cada año, servía en concreto para socorrer a sacerdotes y levitas que, conforme a lo prescrito por la ley, no tenían tierras que cultivar; para costear los elevados gastos del funcionamiento del templo y para mantener a la aristocracia sacerdotal de Jerusalén. La recaudación se llevaba a cabo en los mismos pueblos, y los productos se almacenaban en depósitos del templo para su distribución. Roma no suprimió este aparato administrativo y, bajo Herodes, se siguieron recaudando diezmos. No sabemos qué sucedió en Galilea cuando, gobernada por su hijo Antipas, se convirtió en una jurisdicción separada de Judea. Desconocemos qué medios podían uti-

³¹ En los evangelios aparecen con frecuencia los «publicanos» (*telonai*) o «recaudadores de impuestos». Parece que hay que diferenciar, al menos, tres niveles: las grandes familias a las que Roma confiaba la recaudación de sus tributos; estas familias, que buscaban también su propio interés, tenían sus siervos, que llevaban a cabo el «trabajo sucio» de la recaudación en las aldeas del campo o en los embarcaderos del lago; los «jefes de publicanos» (*architelonai*), como Zaqueo, que contrataban con las clases dirigentes la recaudación de una determinada zona; por último, los «publicanos» (*telonai*), que son siervos e incluso esclavos que llevan a cabo directamente el antipático trabajo de la recaudación, al servicio de los grandes recaudadores y de los jefes de publicanos. Son estos, probablemente, quienes se acercan a Jesús.

lizar los sacerdotes de Jerusalén para presionar a los campesinos de Galilea³².

La carga total era, probablemente, abrumadora. A muchas familias se les iba en tributos e impuestos un tercio o la mitad de lo que producían³³. Era difícil sustraerse a los recaudadores. Ellos mismos se presentaban para llevarse los productos y almacenarlos en Séforis, principal ciudad administrativa, o en Tiberíades. El problema de los campesinos era cómo guardar semilla suficiente para la siguiente siembra y cómo subsistir hasta la siguiente cosecha sin caer en la espiral del endeudamiento. Jesús conocía bien los apuros de estos campesinos que, tratando de sacar el máximo rendimiento a sus modestas tierras, sembraban incluso en suelo pedregoso, entre cardos y hasta en zonas que la gente usaba como sendero³⁴.

El fantasma de la deuda era temido por todos. Los miembros del grupo familiar se ayudaban unos a otros para defenderse de las presiones y chantajes de los recaudadores, pero tarde o temprano bastantes caían en el endeudamiento. Jesús conoció Galilea atrapada por las deudas. La mayor amenaza para la inmensa mayoría era quedarse sin tierras ni recursos para sobrevivir. Cuando, forzada por las deudas, la familia perdía sus tierras, comenzaba para sus miembros la disgregación y la degradación. Algunos se convertían en jornaleros e iniciaban una vida penosa en busca de trabajo en propiedades ajenas. Había quienes se vendían como esclavos. Algunos vivían de la mendicidad y algunas de la prostitución. No faltaba quien se unía a grupos de bandidos o salteadores en alguna zona inhóspita del país³⁵.

Urbanización en Galilea

Esta situación difícil de los campesinos galileos se agravó más cuando, en el corto período de veinte años, Antipas reconstruyó Séforis y edificó la

³² Se discute si, en tiempos de Jesús, los galileos pagaban diezmos y tributos al templo. Bastantes autores (Sanders, Oakman, Freyne, Horsley, etc.) piensan que lo hacían. Otros, como Fiensy, piensan que no.

³³ Así piensan Sanders, Safrai, Oakman, Horsley, Reed, etc.

³⁴ Parábola del sembrador (Marcos 4,3-8).

³⁵ Según E. W. Stegemann / W. Stegemann, «el endeudamiento y la expropiación de los pequeños agricultores son los signos de la época romana».

nueva capital Tiberíades. Todo sucedió antes de que Jesús cumpliera veinticinco años. Aquellos galileos que llevaban siglos viviendo en aldeas y caseríos, cultivando modestas parcelas de su propiedad, conocieron por vez primera dentro de su propio territorio la proximidad de dos ciudades que iban a cambiar rápidamente el panorama de Galilea, provocando una grave desintegración social³⁶.

Ya los asmoneos habían establecido en Séforis una guarnición armada para garantizar el control de la zona y asegurar el pago de impuestos. Herodes la siguió utilizando como principal centro administrativo de Galilea hasta que, a su muerte, quedó arrasada por el levantamiento de Judas y la posterior intervención de los soldados romanos. Antipas no dudó en reconstruirla en cuanto tomó el poder. Edificada sobre un pequeño alto que dominaba fértiles tierras era, de momento, el mejor punto para establecer la capital de Galilea. Antipas la llamó la «Imperial» (*Autocrátoris*)³⁷. Solo lo fue hasta el año 18/19, en que se fundó Tiberíades, la nueva y espléndida capital construida por Antipas en la ribera del lago de Galilea sobre un terreno que había sido antiguo cementerio.

En el Imperio romano, las ciudades se construían para residencia de las clases dirigentes. Allí vivían los gobernantes, los militares, los recaudadores de impuestos, los funcionarios y administradores, los jueces y notarios, los grandes terratenientes y los responsables de almacenar los productos. Desde las ciudades se administraba el campo y se extraían los impuestos. La desigualdad del nivel de vida entre las ciudades y las aldeas era patente. En los poblados campesinos de Galilea, las gentes vivían en casas muy modestas de barro o piedras sin labrar y con techumbres de ramajes; las calles eran de tierra batida y sin pavimentar; la ausencia de mármol o elementos decorativos era total. En Séforis, por el contrario, se podían ver edificios bien contruidos, cubiertos de tejas rojas, con suelo de mosaicos y pinturas al fresco; calles pavimentadas y

³⁶ La construcción de Séforis y Tiberíades es objeto de gran atención por parte de la investigación moderna, pues se considera que la situación social, económica y cultural que generó este hecho constituye el contexto concreto que mejor nos permite aproximarnos a la enseñanza y actuación de Jesús.

³⁷ Josefo la llama «el encanto de Galilea». Se decía que estaba «posada en lo alto de una colina como un pajarillo» (*zippori* significa en hebreo «pajarillo»). Tenía unas vistas impresionantes hacia el valle de Bet Netofá y hacia la vía que unía el mar de Galilea con Tolemaida y la costa mediterránea.

hasta una avenida de unos trece metros de anchura, flanqueada a uno y otro lado por sendas filas de columnas³⁸. Tiberíades era todavía más monumental, con el palacio de Antipas, diversos edificios administrativos y la puerta de la ciudad con dos torres redondeadas, de carácter puramente ornamental y simbólico, para separar claramente la población de la ciudad de la del campo.

En Séforis vivían entre 8.000 y 12.000 habitantes; en Tiberíades, en torno a los 8.000. No podían competir ni por tamaño ni por poder o riqueza con Cesarea del Mar, donde residía el prefecto de Roma, ni con Escitópolis o las ciudades costeras de Tiro y Sidón³⁹. Eran centros urbanos menores, pero su presencia introducía una novedad importante en Galilea. Desde el campo se debía abastecer ahora a dos poblaciones urbanas que no cultivaban la tierra. Familias campesinas, acostumbradas a trabajar sus campos para asegurarse lo necesario para vivir, se vieron obligadas a incrementar su producción para mantener a las clases dirigentes⁴⁰.

Desde Séforis y Tiberíades se tasaba y administraba toda Galilea. Los campesinos experimentaron por vez primera la presión y el control cercano de los gobernantes herodianos. No era posible evitar el pago de rentas y tasas. La organización de la tasación y del almacenamiento era cada vez más eficaz. Las demandas para sostener los centros de una administración en desarrollo eran cada vez más elevadas. Mientras en Séforis y Tiberíades crecía el nivel de vida y la posibilidad de adquirir mercancías lujosas, en las aldeas se sentía cada vez más la inseguridad y los problemas para poder vivir. Séforis y Tiberíades estaban introduciendo unas relaciones antes desconocidas de control, poder administrativo y exacción de impuestos.

La agricultura de las familias de Galilea había sido tradicionalmente muy diversificada. Los campesinos cultivaban en sus tierras diferentes productos, pensando en sus variadas necesidades y en el mercado de intercambio y mutua reciprocidad que existía entre las familias y vecinos de las al-

³⁸ Según las conclusiones más recientes de los arqueólogos, el hermoso teatro es de finales del siglo I, y la suntuosa villa con motivos decorativos que hablan del culto a Dionisos y a diversas divinidades de origen sirio sería del siglo III.

³⁹ Tanto Cesarea como Escitópolis doblaban a Séforis o Tiberíades con poblaciones entre 20.000 y 40.000 habitantes.

⁴⁰ Sin embargo, hay que decir que hubo gentes del campo, como los artesanos, que encontraron trabajo en la construcción de las dos nuevas ciudades y en algunos servicios de carácter urbano (Freyne, Sanders).

deas. Sin embargo, en esta nueva situación se iba impulsando cada vez más el monocultivo. A los grandes terratenientes les interesaba para aumentar la producción, facilitar el pago de impuestos y negociar con el almacenamiento de los productos. Mientras tanto, los propietarios de pequeñas parcelas y los jornaleros quedaban cada vez menos protegidos. Las elites urbanas no pensaban en las necesidades de las familias pobres, que se alimentaban de cebada, judías, mijo, cebollas o higos, sino en productos como el trigo, el aceite o el vino, de mayor interés para el almacenamiento y el lucro.

En esta misma época comenzaron a circular por Galilea monedas de plata acuñadas por Antipas en Tiberíades. La monetización facilitaba la compra de productos y el pago del tributo a Roma⁴¹. Por otra parte, permitía a los ricos acumular sus ganancias y asegurarse el futuro para las épocas de escasez. La circulación de la moneda estaba bajo control de las elites urbanas y favorecía a los más ricos. En concreto, las monedas de oro y plata se empleaban regularmente para acumular «tesoros» o *mammona*, que servía para adquirir honor, reputación pública y poder; solo en las ciudades se podía «atesorar»⁴². Las monedas de plata servían para pagar el tributo imperial por cada persona y los diversos impuestos. Las monedas de bronce se utilizaban para «balancear» el intercambio de productos; era la moneda que manejaban de ordinario los campesinos.

Al parecer, Jesús conoció a lo largo de su vida el crecimiento de una desigualdad que favorecía a la minoría privilegiada de Séforis y Tiberíades, y provocaba inseguridad, pobreza y desintegración de bastantes familias campesinas. Creció el endeudamiento y la pérdida de tierras de los más débiles. Los tribunales de las ciudades pocas veces apoyaban a los campesinos. Aumentó el número de indigentes, jornaleros y prostitutas. Cada vez eran más los pobres y hambrientos que no podían disfrutar de la tierra regalada por Dios a su pueblo⁴³.

⁴¹ De ordinario, en todo el Imperio se acostumbraba a utilizar moneda para pagar a los soldados.

⁴² El término arameo *mammón* (de la raíz 'mn) significa «lo que está seguro» o «lo que da seguridad». Según Jesús, acumular *mammón* es incompatible con el servicio a Dios: «Nadie puede servir a Dios y al Dinero (*mammón*)» (fuente Q = Lucas 16,13 // Mateo 6,24; *Evangelio [apócrifo] de Tomás* 47,1-2).

⁴³ En la Galilea que conoció Jesús, la mayoría son «pobres» (*penetes*), pero tienen su pequeña casa y su parcela de tierra, y pueden subsistir gracias a su dura vida de trabajo. Los evangelios no hablan de estos pobres, sino de los «indigentes» (*ptochoi*), los que no tienen tierra, carecen muchas veces de techo y viven amenazados por el hambre y la desnutrición.

La actividad de Jesús en medio de las aldeas de Galilea y su mensaje del «reino de Dios» representaban una fuerte crítica a aquel estado de cosas. Su firme defensa de los indigentes y hambrientos, su acogida preferente a los últimos de aquella sociedad o su condena de la vida suntuosa de los ricos de las ciudades era un desafío público a aquel programa socio-político que impulsaba Antipas, favoreciendo los intereses de los más poderosos y hundiendo en la indigencia a los más débiles. La parábola del mendigo Lázaro y el rico que vive fastuosamente ignorando a quien muere de hambre a la puerta de su palacio⁴⁴; el relato del terrateniente insensato que solo piensa en construir silos y almacenes para su grano⁴⁵; la crítica severa a quienes atesoran riquezas sin pensar en los necesitados⁴⁶; sus proclamas declarando felices a los indigentes, los hambrientos y los que lloran al perder sus tierras⁴⁷; las exhortaciones dirigidas a sus seguidores para compartir la vida de los más pobres de aquellas aldeas y caminar como ellos, sin oro, plata ni cobre, y sin túnica de repuesto ni sandalias⁴⁸; sus llamadas a ser compasivos con los que sufren y a perdonar las deudas⁴⁹, y tantos otros dichos permiten captar todavía hoy cómo vivía Jesús el sufrimiento de aquel pueblo y con qué pasión buscaba un mundo nuevo, más justo y fraterno, donde Dios pudiera reinar como Padre de todos⁵⁰.

⁴⁴ Lucas 16,19-31.

⁴⁵ Lucas 12,16-21.

⁴⁶ Fuente Q (Lucas 16,13 // Mateo 6,24; Lucas 12,33-34 // Mateo 6,19-21).

⁴⁷ Lucas 6,20-21.

⁴⁸ Mateo 10,9-10.

⁴⁹ Lucas 6,36-38.

⁵⁰ En los evangelios no se registra ninguna visita de Jesús a Séforis o Tiberíades. Dado el carácter itinerante de Jesús, el hecho resulta sorprendente y no parece una omisión casual. Los investigadores discuten cuál pudo ser el motivo. Los estudios más recientes se inclinan por descartar razones de carácter religioso-cultural, pues ni Séforis ni Tiberíades eran ciudades helénicas paganizadas. Bastantes piensan que Jesús las eludió para que su mensaje no quedara mediatizado por las elites (Horsley, Theissen, Reed y, en parte, Crossan); actuando en las aldeas, probablemente buscaba presentar claramente las implicaciones sociales del reino de Dios (Freyne). Al mismo tiempo, Jesús trataba tal vez de evitar la proximidad amenazadora de Antipas; la región fronteriza de Cafarnaún, con la posibilidad de cruzar el lago, le permitían desembarcar rápidamente fuera de sus dominios (Hochner, Reed, Sanders).

Judíos con rasgos propios

¿Quiénes eran estos galileos que poblaban el país de Jesús? El profeta Isaías, desde la capital judía de Jerusalén, había hablado de la «Galilea de los gentiles». Nunca fue del todo cierto. No sabemos exactamente lo que sucedió con las tribus del norte después de que los asirios conquistaran el territorio y convirtieran Galilea en una provincia de Asiria. Hasta hace poco se pensaba que los asirios habían deportado solamente a las clases dirigentes, dejando a los campesinos cultivando las tierras. Sin embargo, las excavaciones más recientes constatan un gran vacío de población durante este período⁵¹. Probablemente solo quedaron algunos campesinos.

No sabemos prácticamente nada de estos «galileos» viviendo lejos de Jerusalén, en un territorio invadido a lo largo de seis siglos por asirios, babilonios, persas, ptolomeos y seléucidas. Probablemente se mantuvieron fieles a Yahvé, el Dios de Israel, y conservaron las grandes tradiciones del Éxodo, la Alianza, la ley de Moisés o la celebración del sábado, pero no sin dificultades. Por una parte, no poseían un centro de culto como el de Jerusalén. Por otra, no contaban con una aristocracia sacerdotal nativa o una clase dirigente que pudiera custodiar y cultivar las tradiciones de Israel, como sucedía en Judea. Nada tiene, pues, de extraño que se desarrollaran tradiciones, costumbres y prácticas locales algo diferentes de las que se vivían en Judea.

Después de la rebelión de los Macabeos se produjo un hecho importante. Los soberanos asmoneos de Judea subordinaron Galilea al Estado-Templo de Jerusalén y obligaron a sus habitantes a vivir «según las leyes judías»⁵². No les debió de resultar difícil la integración, pues se sentían miembros del pueblo judío de la Alianza. Sin embargo, después de tantos siglos separados de Jerusalén, no estaban acostumbrados a vivir sometidos a los sumos sacerdotes. El templo era, sin duda, la casa de Dios, pero ahora representaba también un centro de poder que los sometía directamente al sistema de recaudación de los diezmos y demás tasas sagradas.

⁵¹ Las excavaciones más recientes constatan un vacío grande de población después de la conquista asiria del siglo VIII a. C. Por el contrario, se observa un incremento demográfico sustancial durante el período asmoneo (167-63 a. C.) (Reed).

⁵² *Antigüedades de los judíos* 13, 318.

La colonización impulsada por los gobernantes asmoneos contribuyó de manera decisiva a la integración y asimilación de Galilea dentro del Estado judío. Al parecer fueron muchas las familias judías que fueron de Judea a cultivar tierras de Galilea⁵³. En cualquier caso, los habitantes de Galilea contemporáneos de Jesús pueden ser llamados «judíos» con toda propiedad. Sus raíces religiosas están en Judea. De hecho, Roma, Herodes y Antipas los trataron como judíos, respetando sus tradiciones y su religión. Por otra parte, las excavaciones ofrecen datos incuestionables sobre el carácter judío de la Galilea que conoció Jesús. Por todas partes aparecen *miqwaot* o piscinas para las purificaciones: los galileos practicaban los mismos ritos de purificación que los habitantes de Judea⁵⁴. La ausencia de cerdo en la alimentación, los recipientes de piedra o el tipo de enterramientos hablan claramente de su pertenencia a la religión judía⁵⁵.

Geográficamente, Galilea era una especie de isla rodeada por importantes ciudades helenísticas. Al sur, en la región hostil de Samaría, se levantaba Sebaste, la nueva capital, de marcada influencia helenística; al oeste, en la costa mediterránea, destacaban tres importantes centros urbanos: Tolemaida, que influía fuertemente en la llanura de Yízreel, y Tiro y Sidón, que dejaban sentir su presencia en las regiones fronterizas del norte; al este se encontraba la Decápolis, importante confederación de ciudades que constituían el foco más fuerte del desarrollo helenístico en la zona. Cuando Pompeyo estructuró la región, dio a estas diez ciudades un estatuto propio y las integró directamente en la nueva provincia romana de Siria. Sin embargo, en medio de este entorno fuertemente helénico, Galilea aparece en tiempos de Jesús como una región perfectamente definida, con una población diferente, vinculada a Judea con una personalidad propia. Ni siquiera en Séforis y Tiberíades se observan indicios de un número considerable de gentiles romanos, griegos o sirofenicios. Las dos se habían helenizado algo más que el resto de Galilea, pero permanecían siendo ciudades judías⁵⁶.

⁵³ Probablemente, la mayoría de los pobladores de Galilea del siglo I eran descendientes de estos colonos llegados de Judea (Reed, Dunn) más que de los antiguos israelitas integrados por los asmoneos en su conquista de Galilea (Horsley).

⁵⁴ En la región de Cafarnaún no se detecta tanto la presencia de estas piscinas. Probablemente las gentes de esa región practicaban el baño ritual en el lago (Reed).

⁵⁵ Datos recogidos por Reed de las diferentes excavaciones.

⁵⁶ Los indicadores de etnicidad judía en Séforis y Tiberíades (piscinas rituales, enterramientos con osarios, dieta sin cerdo, vasijas de piedra) son prácticamente idénticos al resto de

No es fácil conocer de forma precisa cómo se vivía en Galilea la vinculación religiosa con Jerusalén. Había ciertamente una distancia geográfica y espiritual. Nunca recibieron los galileos una influencia religiosa tan intensa como los habitantes de Jerusalén o los campesinos de las aldeas judaítas de su entorno. La presencia de escribas o maestros de la ley no parece haber sido muy activa. Cuando Jesús y sus discípulos subían a Jerusalén, cruzaban de alguna manera una «barrera», pues venían desde los márgenes geográficos del judaísmo de Galilea hasta su centro. Sin embargo, Jerusalén jugaba un papel simbólico insustituible y ejercía sobre los galileos un atractivo con el que no podían competir ni Séforis ni Tiberíades. Sabemos por Flavio Josefo que los galileos subían en peregrinación a Jerusalén. Muchos de ellos tenían seguramente abuelos o padres nacidos en Judea, y todavía persistían contactos entre las familias. Por otra parte, la peregrinación no era solo un fenómeno religioso, sino un acontecimiento social muy importante. Los peregrinos tomaban parte en las fiestas religiosas, pero, al mismo tiempo, comían, bebían, cantaban y hacían sus pequeñas compras. Las fiestas religiosas constituían una vacación sagrada muy atractiva.

Por otra parte, es explicable que en Galilea se apreciaran de manera especial las tradiciones israelitas del norte, donde estaba enclavada Galilea. En las fuentes evangélicas se habla de los «profetas» del norte, como Elías, Eliseo o Jonás, pero apenas se dice nada de «reyes» y «sacerdotes», personajes típicos de Jerusalén y Judea. Se habla de los israelitas como «hijos Abrahán» y se evita la teología de Sión y la ciudad santa. Probablemente, los galileos estaban habituados a una interpretación más relajada de la ley, y eran menos estrictos que en Judea en lo tocante a ciertas reglas de pureza.

En Galilea se hablaba arameo, lengua que había ido desplazando al hebreo a partir de la expansión asiria. Fue la lengua materna de Jesús. En su casa se hablaba en arameo y sus primeras palabras para llamar a sus padres fueron *abbá* e *immá*. Fue sin duda la lengua en que anunció su mensaje, pues la población judía, tanto de Galilea como de Judea, hablaba el arameo en la vida corriente. Todavía quedan claros vestigios de su lengua aramea en

Galilea (Reed). La investigación reciente está arrinconando la visión de una Galilea fuertemente helenizada en tiempos de Jesús. Por ello parece cada vez menos plausible la hipótesis de un Jesús «cínico» al estilo griego (Downing, Mack y, en buena parte, Crossan).

el texto de los evangelios⁵⁷. Los galileos hablaban el arameo con algunos rasgos que los diferenciaba de los judíos de Judea. En concreto, no pronunciaban bien los sonidos guturales, y eran objeto de chistes y burlas en la capital. A Jesús, lo mismo que a Pedro, el acento traicionaba su origen galileo⁵⁸.

El hebreo, que había sido la lengua de Israel en tiempos de los grandes profetas, decayó mucho después del exilio a Babilonia, pero no se perdió del todo. En tiempos de Jesús se hablaba todavía en algunas localidades de Judea, pero se conservaba sobre todo como lengua sagrada en la que estaban escritos los libros de la ley y era utilizada en el culto del templo y en ciertas oraciones. Los escribas la dominaban perfectamente e incluso se servían de ella en sus debates. Sin embargo, el pueblo ya no lo entendía bien; cuando en las sinagogas se leían las Escrituras sagradas en hebreo, el texto era traducido y comentado en arameo⁵⁹. Es probable que Jesús tuviera algún conocimiento de hebreo bíblico, pero no parece que lo hablara regularmente en la conversación ordinaria.

A partir del impulso helenizador de Alejandro Magno, el griego fue arraigando cada vez más en los territorios conquistados, convirtiéndose en la lengua oficial de la cultura, la administración y los intercambios comerciales. Algo de esto sucedió también en Galilea y Judea. No desplazó al arameo, pero se convirtió en buena parte en la lengua empleada por los miembros de la corte herodiana, las clases dirigentes y los encargados de la administración. En Séforis se hablaba tal vez más griego que en Tiberíades, pero en ambas seguía vivo el arameo. También conocían el griego la aristocracia sacerdotal y los grupos dirigentes de Jerusalén⁶⁰. Hay indicios de que en tiempos de Jesús había gente bilingüe que hablaba arameo y podía valerse también de un griego rudimentario⁶¹.

⁵⁷ Los estudiosos registran hasta veintiséis palabras arameas atribuidas a Jesús. La más conocida era, sin duda, la expresión *abbá*, con la que se dirigía a Dios, su Padre.

⁵⁸ Según Mateo 26,73, una criada dice a Pedro: «No hay duda. Tú también eres uno de ellos. Tu acento te traiciona».

⁵⁹ Se conocen bastantes *targumim* o comentarios redactados en arameo y destinados a hacer inteligible el texto hebreo de las Escrituras sagradas. Tal vez Jesús estaba familiarizado con el llamado «Targum de Isaías» (Chilton).

⁶⁰ Jerusalén podía tener entre 25.000 y 55.000 habitantes, y se calcula que unos 10.000 o 15.000 se podían comunicar también en griego.

⁶¹ Las inscripciones en arameo (= hebreo) y griego halladas en la Baja Galilea y en las riberas del lago de Genesaret hacen pensar en una población bilingüe. Se trata seguramente de pequeñas minorías.

Jesús, sin duda, hablaba y pensaba en arameo, pero su contacto con la lengua griega fue tal vez más intenso de lo que solemos pensar, sobre todo si se acercó hasta Séforis buscando trabajo. En su grupo de seguidores, algunos hablaban griego. Un recaudador como Leví tenía que saberlo para ejercer su profesión. Andrés y Felipe, de nombres griegos y provenientes de Betsaida (Cesarea de Filipo), hablaban seguramente griego y podían ayudar a Jesús a comunicarse con personas paganas, como la sirofenicia.

La llegada de los romanos no logró imponer el latín. Al parecer era utilizado exclusivamente por los funcionarios y militares romanos. Es cierto que en los edificios, acueductos y monumentos públicos se grababan inscripciones impresionantes en latín, pero la gente no entendía su contenido; solo captaba su mensaje de poder y dominación. No hay razones para pensar que Jesús hablara latín. Así pues, en una comarca tan compleja lingüísticamente, Jesús fue un galileo de ambiente rural que enseñaba a las gentes en su lengua materna, el arameo; conocía probablemente el hebreo bíblico tanto como para entender y citar las Escrituras; quizá se defendía algo en griego y desconocía el latín⁶².

BIBLIOGRAFÍA

1. Para el estudio de Galilea

FREYNE, Sean, *Galilee and Gospel*. Boston-Leiden, Brill, 2002.

– *Jesus, a Jewish Galilean. A New reading of the Jesus-story*. Londres – Nueva York, Clark International, 2005.

– «The Geography, Politics and Economics of Galilee and the Quest for the Historical Jesus», en Bruce CHILTON / Craig A. EVANS, *Studying the Historical Jesus. Evaluations of the State of Current Research*. Leiden-Boston-Colonia, Brill, 1998, pp. 75-121.

HORSLEY, Richard A., *Galilee. Histories, Politics, People*. Valley Forge, PA, Trinity Press International, 1995.

⁶² La inscripción que, según Juan 19,20, se podía leer sobre la cruz en hebreo (= arameo), latín y griego es un claro exponente de la situación lingüística.

- *Archaeology, History and Society in Galilee*. Harrisburg, PA, Trinity Press International, 1996.
- *Sociology and the Jesus Movement*. Nueva York, Continuum, 1994, pp. 67-101.
- HANSON, K. C. / OAKMAN, Douglas E., *Palestine in the time of Jesus. Social Structures and Social Conflicts*. Minneapolis, Fortress Press, 1998.
- THEISSEN, Gerd / MERZ, Annette, *El Jesús histórico*. Salamanca, Sígueme, 1999, pp. 151-176 y 189-206.
- COUSIN, Hugues (ed.), *Le monde où vivait Jésus*. París, Cerf, 1998, pp. 11-128.
- DEBERGÉ, Pierre, «Le monde où vivait Jésus», en Alain MARCHADOUR (ed.), *Que sait-on de Jésus de Nazareth?* París, Bayard, 2000, pp. 71-106.
- SANDERS, Ed Parish, «Jesús en Galilea», en Doris DONNELLY (ed.), *Jesús. Un coloquio en Tierra Santa*. Estella, Verbo Divino, 2004, pp. 11-38.
- *La figura histórica de Jesús*. Estella, Verbo Divino, 2000, pp. 33-53.
- VERMES, Geza, *Jesús el judío*. Barcelona, Muchnik, 1977, pp. 47-62.
- SAULNIER, Christianne / ROLLAND, Bernard, *Palestina en tiempos de Jesús*. Estella, Verbo Divino, ¹²1998.
- AGUIRRE, Rafael, *Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana. Ensayo de exégesis sociológica del cristianismo primitivo*. Estella, Verbo Divino, ²2001, pp. 23-32.
- EHRMAN, Bart D., *Jesús, el profeta apocalíptico*. Barcelona, Paidós, 2001, pp. 135-159.
- FABRIS, Rinaldo, *Jesús de Nazaret. Historia e interpretación*. Salamanca, Sígueme, 1985, pp. 59-70.
- GNILKA, Joachim, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*. Barcelona, Herder, 1993, pp. 45-63 y 83-93.

2. La contribución de la arqueología

- CHARLESWORTH, James H. (ed.), *Jesus and Archaeology*. Grand Rapids, MI – Cambridge, Eerdmans, 2006 (especialmente los artículos de J. H. CHARLESWORTH, «Jesus, Research and Archaeology: A New Perspective», pp. 11-63, y S. FREYNE, «Archaeology and the Historical Jesus», pp. 64-83).
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, Joaquín, *Arqueología y evangelios*. Estella, Verbo Divino, 1999.
- *Jesús en Galilea. Aproximación desde la arqueología*. Estella, Verbo Divino, 2000.
- REED, Jonathan L., *El Jesús de Galilea. Aportaciones desde la arqueología*. Salamanca, Sígueme, 2006.
- CROSSAN, John Dominic / REED, Jonathan L., *Jesús desenterrado*. Barcelona, Crítica, 2003, sobre todo pp. 33-172.

3. Acercamiento sociológico y antropológico

- MALINA, Bruce J., *El mundo social de Jesús y los evangelios*. Santander, Sal Terrae, 2002.
- *El mundo del Nuevo Testamento. Perspectivas desde la antropología cultural*. Estella, Verbo Divino, 1995.
 - *The Social Gospel of Jesus. The Kingdom of God in Mediterranean Perspective*. Minneapolis, Fortress Press, 2000.
- MALINA, Bruce J. / ROHRBAUGH, Richard L., *Los evangelios sinópticos y la cultura mediterránea del siglo I. Comentario desde las ciencias sociales*. Estella, Verbo Divino, 1996.
- STEGEMANN, E. W. / STEGEMANN, W., *Historia social del cristianismo primitivo. Los inicios en el judaísmo y las comunidades cristianas en el mundo mediterráneo*. Estella, Verbo Divino, 2001, sobre todo pp. 19-258.

4. Imperio de Roma y resistencia judía

- SCHÜRER, Emil, *La historia del pueblo judío en tiempos de Jesús. I. Fuentes y marco histórico*. Madrid, Cristiandad, 1985.
- LEIPOLDT, J. / GRUNDMANN, W., *El mundo del Nuevo Testamento*. Madrid, Cristiandad, 1973, sobre todo pp. 19-188.
- PAUL, André, *El mundo judío en tiempos de Jesús. Historia política*. Madrid, Cristiandad, 1982.
- HORSLEY, Richard A., *Jesus, and the Spiral of Violence. Popular Jewish Resistance in Roman Palestine*. Minneapolis, Fortress Press, 1993.
- *Jesús y el Imperio. El Reino de Dios y el nuevo desorden mundial*. Estella, Verbo Divino, 2003, pp. 27-74.
- HORSLEY, Richard A. / HANSON, John S., *Bandits, Prophets and Messiahs. Popular Movement at the time of Jesus*. San Francisco, Harper, 1988.

5. Algunas cuestiones concretas

- PORTER, Stanley E., «Jesus and the Use of Greek in Galilee», en Bruce CHILTON / Craig A. EVANS, *Studying the Historical Jesus. Evaluations of the State of Current Research*. Leiden-Boston-Colonia, Brill, 1988, pp. 123-154.
- OAKMAN, Douglas E., «Money in the Moral Universe of the New Testament», en W. STEGEMANN / Bruce MALINA / Gerd THEISSEN, *The Social Setting of Jesus and the Gospels*. Minneapolis, Fortress Press, 2002, pp. 335-348.

6. Otras obras de interés

WITHERINGTON III, Ben, *The Jesus Quest. The Third Search for the Jew of Nazareth*. Downers Grove, IL, Inter-Varsity Press, 1997, pp. 14-41.

SICRE, José Luis, *El cuadrante. II. La apuesta. El mundo de Jesús*. Estella, Verbo Divino, 2002, pp. 29-109.

GUEVARA, Hernando, *Ambiente político del pueblo judío en tiempos de Jesús*. Madrid, Cristiandad, 1985.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
¿Por qué he escrito este libro?.....	5
¿Qué ofrezco en este libro?.....	6
¿Cómo he trabajado el acercamiento a la historia de Jesús?	9
¿Qué papel ha jugado mi fe?	13
¿Cómo leer este libro?.....	16
¿En quiénes he pensado al escribir este libro?	19
 1. JUDÍO DE GALILEA	21
Bajo el Imperio de Roma	22
El recuerdo grandioso y siniestro de Herodes	24
Galilea en tiempos de Antipas	29
Urbanización en Galilea	36
Judíos con rasgos propios	41
<i>Bibliografía</i>	45
 2. VECINO DE NAZARET	49
El pueblo de Jesús	50
En el seno de una familia judía	53
Entre gente del campo	55
Ambiente religioso	58
Vida de trabajador	64
Sin esposa ni hijos	67
<i>Bibliografía</i>	70
 3. BUSCADOR DE DIOS	73
El diagnóstico radical de Juan	74
El nuevo comienzo	76
El bautismo de Juan	78
Las expectativas del Bautista	81
La «conversión» de Jesús	83

El nuevo proyecto de Jesús	86
<i>Bibliografía</i>	90
4. PROFETA DEL REINO DE DIOS	93
Profeta itinerante	93
La pasión por el reino de Dios	98
Un anhelo que venía de lejos	99
En medio de un pueblo en ardiente espera	101
Ya está Dios aquí	103
La mejor noticia	106
Dios, amigo de la vida	109
Tienen suerte los pobres	112
Las cosas tienen que cambiar	114
Lo mejor está por venir	119
<i>Bibliografía</i>	121
5. POETA DE LA COMPASIÓN	125
La seducción de las parábolas	125
La vida es más que lo que se ve	130
Dios es compasivo	137
Sed compasivos como vuestro Padre	152
<i>Bibliografía</i>	162
6. CURADOR DE LA VIDA	165
Los enfermos de Galilea	166
El difícil camino de la curación	169
Un curador singular	171
La fuerza curadora de Jesús	174
Liberador de demonios	179
Signos de un mundo nuevo	184
<i>Bibliografía</i>	186
7. DEFENSOR DE LOS ÚLTIMOS	189
Los últimos de Galilea	189
Dios es de los que no tienen a nadie	192
Imbéciles o solidarios	198
Dignidad para los indeseables	203
Amigo de pecadores	208

El perdón ofrecido por Jesús	214
Perdón inmerecido	217
<i>Bibliografía</i>	219
8. AMIGO DE LA MUJER	221
La condición de la mujer judía	221
Amigo de las últimas	225
Rompiendo esquemas	227
Una mirada diferente	230
Un espacio sin dominación masculina	233
Discípulas de Jesús	239
Su mejor amiga	243
<i>Bibliografía</i>	246
9. MAESTRO DE VIDA	249
Un maestro poco convencional	249
¡Cambiad vuestro corazón!	254
Más allá de la Ley	258
Lo decisivo es el amor	265
Amad a vuestros enemigos	269
La lucha no violenta por la justicia	273
<i>Bibliografía</i>	276
10. CREADOR DE UN MOVIMIENTO RENOVADOR	279
Poder de atracción	279
Adhesión cordial de bastantes	282
Los Doce	284
Una llamada radical	289
Viviendo con Jesús	295
Una familia nueva	300
Al servicio del proyecto de Dios	303
Enviados a anunciar a Dios curando	306
<i>Bibliografía</i>	310
11. CREYENTE FIEL	313
Arraigado en la fe de su pueblo	314
Una experiencia decisiva	319

Se retiraba a orar	323
Dios es Padre	328
El Padre bueno de Jesús	331
El Dios de la vida	333
La oración de Jesús	336
<i>Bibliografía</i>	341
 12. CONFLICTIVO Y PELIGROSO	345
En conflicto con sectores fariseos	346
Oposición a las autoridades religiosas	350
El recelo del poder romano	352
Coherente hasta el final	360
Peregrinación arriesgada a Jerusalén	362
Un gesto muy peligroso	369
Despedida inolvidable	375
<i>Bibliografía</i>	381
 13. MÁRTIR DEL REINO DE DIOS	383
Entregado por las autoridades del templo	386
Condenado a muerte por Roma	393
El horror de la crucifixión	401
Las últimas horas	404
En manos del Padre	412
<i>Bibliografía</i>	420
 14. RESUCITADO POR DIOS	423
¡Dios lo ha resucitado!	424
¿En qué consiste la resurrección de Jesús?	428
El camino a la nueva fe en Cristo resucitado	432
La experiencia decisiva	435
¿Quedó vacío el sepulcro de Jesús?	441
Dios le ha dado la razón y le ha hecho justicia	446
<i>Bibliografía</i>	451
 15. AHONDANDO EN LA IDENTIDAD DE JESÚS	457
Relectura de la historia de Jesús	458

Evangelio de Marcos.....	460
Evangelio de Mateo	463
Evangelio de Lucas	466
Evangelio de Juan	469
Buscando el nombre para Jesús	473
El encuentro con Jesucristo vivo	484
<i>Bibliografía</i>	488
 EPÍLOGO	
Volver a Jesús	491
Creer en el Dios de la vida	492
Vivir para el reino de Dios	493
Seguir a Jesús	495
Construir la Iglesia de Jesús	496
Vivir y morir con la esperanza de Jesús	497
 ANEXOS	
1. Breve perfil histórico de Jesús	499
2. Criterios generales de interpretación	505
3. Fuentes literarias	509
4. Criterios de historicidad	510
5. Principales datos arqueológicos	519
6. Rasgos de la investigación actual sobre Jesús	524
7. Ciencia-ficción en torno a Jesús	529
8. Cronología	531
 BIBLIOGRAFÍA GENERAL	 535
BIBLIOGRAFÍA EN ESPAÑOL	551